

EDUARDO GUDYNAS

ECOLOGIA, DESARROLLO Y NEOLIBERALISMO

Documentos de Investigación N° 1



Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios

GUDYNAS, Eduardo

ECOLOGIA, DESARROLLO Y NEOLIBERALISMO
Revisión crítica de algunas líneas de pensamiento

Documentos de Investigación N° 1

<DESARROLLO SUSTENTABLE> <POLITICA AMBIENTAL>
<NEOLIBERALISMO> <ECOLOGIA>

==> Solicitar a/por CEBEM: 5028

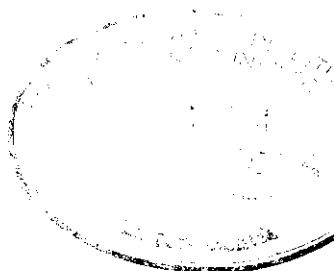
Primera edición

© 1995 by Eduardo Gudynas

D. L. 4 - 1 - 207 - 91

Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM)
Casilla 9205
La Paz / Bolivia

Impresión: Huellas Srl.



INDICE

1. Introducción	5
2. El ambientalismo neoliberal	7
El aliento neoliberal en América Latina	
Desarrollo sustentable como crecimiento económico	
Elementos básicos de las nuevas políticas ambientales neoliberales	
La difusión del ambientalismo neoliberal en América Latina	
3. Naturaleza y mercado	39
El mercado y las contradicciones ecológicas del capitalismo	
Límites del mercado y la incommensurabilidad de la Naturaleza	
La imposibilidad ecológica del crecimiento económico sostenido	
La erosión de una ecología política	
4. Recuperación de alternativas	56
Desarrollo a escala humana y ecológica	
Resignificar el mercado	
Reconstruir la política	
Ética ambiental	
Agradecimientos	64
Bibliografía	65



1.

INTRODUCCION

América Latina enfrenta una severa crisis socio-ambiental, que es reconocida tanto desde el ámbito académico como desde los movimientos sociales. Como respuesta a esa situación, al igual que en otras regiones del mundo, se ha generado una severa crítica que denuncia un estilo de desarrollo que destruye la Naturaleza.

En la base de ese estilo están el apego al progreso siempre expansivo, la concepción de una Naturaleza al servicio de los seres humanos, y apropiada para servir al crecimiento económico. El mercado se convierte en *la* institución social privilegiada, y la vida se reduce a la lucha por alcanzar metas económicas donde se compra y se vende el confort.

Desde ese paradigma como punto de partida, y acentuando alguna de sus ideas, en particular su reduccionismo de mercado, se ha desarrollado la perspectiva conocida como neoliberal. Lo destacable de esa orientación es que, a diferencia de sus antecesores, no ha negado los problemas ambientales, sino que ha buscado incorporarlos. Se han tomado ideas típicas del ambientalismo y la ecología, sumándole otros aspectos que le son propios, y así están generando un conjunto de nuevas políticas ambientales, que se denomina *neoliberalismo ambiental* o *ambientalismo del libre mercado*.

En este cuerpo conceptual, la gestión ambiental no contradice los principios básicos del crecimiento económico. Precisamente, un atributo novedoso de esta corriente ha sido su capacidad de no abandonar el paradigma desarrollista, pero a la vez hacer suyas algunas de las críticas que le han lanzado los ambientalistas. Las ideas básicas del progreso económico no son rechazadas, sino que se han incorporado nuevos conceptos que las refuerzan, y se han hecho los ajustes necesarios para mantener su vigor.

Por cierto que el neoliberalismo ha estado en el centro de una extendida polémica, tanto en América Latina como en otras regiones. Muchas de las críticas que se le hacen son superficiales, en tanto se iguala cualquier acción a nivel del mercado con una postura neoliberal. Pero otros cuestionamientos advierten acertadamente sobre sus flaquezas y peligros reales. En efecto, el neoliberalismo posee serias limitaciones, y su superación requiere de una crítica inteligente, la que ya ha sido iniciada en diversas disciplinas.

En este estudio se realiza una crítica de una de las corrientes neoliberales, menos conocida y más disimulada, pero igualmente importante, tanto para aquellos interesados en tratar el tema del neoliberalismo en sí mismo, como a quienes apuntan a la problemática ambiental. Se estudian las políticas ambientales neoliberales, describiéndolas y caracterizándolas, para enseguida presentar un estudio crítico. La perspectiva del análisis es de la ecología social, integrando las visiones ecológicas y sociales. El estudio presenta una serie de ejemplos ilustrativos para América Latina. Enseguida se analizan algunos aspectos de la articulación entre mercado y ecología a partir de elementos destacados en este análisis crítico del neoliberalismo, para terminar con una enumeración de posibles salidas alternativas.

EL AMBIENTALISMO NEOLIBERAL

El aliento neoliberal en América Latina

Las ideas originales del neoliberalismo giran alrededor de la figura del economista austríaco Friedrich A. Hayek. Sus contribuciones más destacadas hoy por hoy, en castellano, son su clásico de 1944, "Camino de servidumbre", y la más reciente "La fatal arrogancia: los errores del socialismo". Sus propuestas han tenido múltiples difusores, y posiblemente el más destacado en nuestro continente sea el francés Guy Sorman, con obras como "Hacia un nuevo mundo". Asimismo, sus ideas se potencian por vinculaciones implícitas o explícitas con otros pensadores que pueden ser rotulados como conservadores y neoconservadores, economistas monetaristas, etc. (tales como Karl Popper, Francis Fukuyama, Milton Friedman).

Estas ideas delinearon las políticas de varios gobiernos de los países industrializados durante los años 80, con su ejemplo extremo en la "reaganomics". Concomitantemente, desde los centros de educación superior estas ideas eran enseñadas a no pocos latinoamericanos que estudiaban en el hemisferio norte. Asimismo, se proponían medidas y normas con ese mismo espíritu desde las agencias multilaterales de desarrollo, tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Interamericano de Desarrollo.

Es necesario precisar algunos aspectos destacados de la perspectiva neoliberal a los efectos de una mejor comprensión de este estudio. No es mi intención, sin embargo, un análisis en profundidad de ello, en tanto se puede avanzar en ese aspecto consultando los estudios recientes de otros autores¹.

1) En este sentido son destacables las contribuciones de Guillén Romo (1991), Hinkelammert (en particular 1981, 1984), Assmann y Hinkelammert (1989) y Vergara (1991).

La perspectiva neoliberal además de ser un modelo económico, es también una visión amplia de la vida en sociedad. El neoliberalismo reduce las interacciones sociales a las relaciones en el mercado. La sociedad es reducida al mercado. Se refuerza así el paradigma desarrollista que concibe el crecimiento económico como la base del progreso social, y a partir de éste, del avance cultural, político, etc. Los derechos personales son reducidos a derechos del mercado, y la libertad es restringida a la libertad de comprar y vender.

La competencia es el mecanismo básico de acción entre los individuos, y ésta prevalece sobre la solidaridad. De hecho, según Hayek, son los individuos persiguiendo sus propios intereses y beneficios los que determinan la marcha de la sociedad. Allí no hay lugar para la razón ni para una ética de solidaridad o altruismo. No hay justicia social, sólo hay una "evolución", una "marcha" del mercado, basada en la competencia. Hayek (1990, p 52) sostiene que:

"La competencia no es otra cosa que un ininterrumpido proceso de descubrimiento, presente en toda evolución, que nos lleva a responder inconscientemente a nuevas situaciones. Es la renovada competencia, y no el consenso, lo que aumenta cada vez más nuestra eficacia."

Únicamente se acepta una moral tradicionalista, donde se apela sobre todo a la obediencia, el sacrificio y el acatamiento. Cualquier intrusión del Estado o cualquier otro agente en el mercado libre es considerado un ataque a la libertad personal. Los neoliberales sostienen que sólo un pequeño Estado puede asegurar esos derechos económicos, los que consideran la base de todos los demás derechos. Además, sostienen que nadie posee toda la información para planificar y manejar adecuadamente la marcha de la sociedad, en tanto el conocimiento está diseminado y fragmentado, y será en el mercado donde esas piezas de información se integran. Esta postura va de la mano con otra que apela a un cientificismo instrumental que presenta una racionalidad de manipulación y dominación, que también excluye la ética bajo la premisa de la "neutralidad valorativa". Se fortalece el individualismo frente a las acciones colectivas, las que se debilitan. Los seres humanos son considerados sólo en el contexto de las relaciones de mercado, sin fines últimos compartidos.

Las ideas neoliberales están ampliamente difundidas en América Latina. El impacto más fuerte ha sido seguramente en Chile (Foxley, 1988), pero la gestión estatal está fuertemente influenciada por esta visión en otros países, especialmente Argentina, Bolivia, México, Uruguay y Venezuela. La misma perspectiva está detrás de las reformas en marcha en otros países como

Colombia o Nicaragua. Considero necesario aclarar que si bien en la mayoría de los casos no se han adoptado políticas neoliberales "puras", esas ideas han influido fuertemente en las medidas tomadas².

Esta concepción se ha difundido en América Latina, no sólo desde los países del Norte, y por los medios señalados arriba, sino también por la edición constante de manuales (por ejemplo Hanke, 1989), y por la amplificación que de ella hacen voceros locales, tales como Mario Vargas Llosa, José Piñera, entre otros.

Bajo la perspectiva neoliberal, las consideraciones éticas son negadas, y se refuerza una postura de neutralidad valorativa de estirpe positivista. Desde la relatividad moral y las apelaciones a un "orden natural", esta renuncia a la ética en realidad esconde en si misma una postura ética. Se genera así una ética oculta que no sólo es antropocéntrica, sino individualista, y que ve a los otros, sean personas u otros seres vivos, como simples recursos a utilizar (Gudynas, 1992b).

Desarrollo sustentable como crecimiento económico

A partir de esta matriz neoliberal se han generado las políticas ambientales neoliberales o ambientalismo del mercado libre. Este surgimiento tiene dos antecedentes básicos. Por un lado existen antecedentes en las propias ideas neoliberales, tales como las que se presentaron en el apartado anterior. Pero otros antecedentes, y que no debe minimizarse, parten de otras fuentes, y entre ellas están los de algunos ambientalistas.

En efecto, diversos aportes que se hacen con una preocupación ambientalista, sobre un desarrollo alternativo, no han logrado generar una verdadera visión "alternativa", distinta en sus esencias a las que están criticando. La situación más clara para ejemplificar esta tendencia parte de la misma discusión sobre *desarrollo sustentable*. Este concepto, acuñado y propalado como una nueva visión sobre el desarrollo que permitiría una nueva relación armoniosa con la Naturaleza, terminó atrapado para muchos en la

2) La revista Nueva Sociedad, en su N^o. 21 (1992) presenta comentarios de estas tendencias para varios países latinoamericanos.

búsqueda del crecimiento económico como motor del desarrollo. Aunque prometedora, no son pocos los que tienen una visión del desarrollo sustentable que no logró escapar del paradigma desarrollista.

El paradigma desarrollista latinoamericano puede retrotraerse a mediados de los años cincuenta, y ha sido caracterizado y analizado por varios autores en detalle, destacándose los estudios de H.C.F. Mansilla (1981, 1991). Aquí sólo expondré los elementos esenciales para el presente trabajo (también considerando los ya expuestos en Gudynas, 1989). El cuerpo central de este paradigma reside en que el motor del progreso es el crecimiento económico, y a partir de éste se dan los avances políticos, sociales, culturales. Hay una relación estrecha entre el crecimiento económico y los aportes de la ciencia y la técnica, en tanto éstas lo nutren. Desde una postura tecnocrática se considera que América Latina no posee límites materiales al progreso, en tanto el continente es concebido como enorme, con recursos naturales ilimitados, y amplias capacidades de amortiguar los impactos ambientales.

Este paradigma desarrollista está totalmente apoyado en la ideología del progreso³. Sus caracteres sobresalientes son los siguientes:

-
- 3) Existe ambigüedad en los significados del concepto de "ideología". Se pueden reconocer por lo menos dos grandes tipos de ascepciones, por un lado aquellas que la entienden como un conjunto ordenado de ideas y valores referentes a la acción individual o colectiva, y otra, que la concibe como una concepción errónea de la realidad social. La primera tiene un valor neutro, mientras la segunda se la presenta como negativa, en tanto encubre la realidad, y ello puede ser para proteger un interés de algún tipo (el exponente más conocido de esta postura es K. Marx, por ejemplo en "La ideología alemana"). Avances más recientes deben ser tenidos en cuenta. En particular los aportes de K. Mannheim (1958), quien sostiene que la ideología no tiene un efecto transformador, sino que oculta las estructuras propias de un estado de cosas, constituyendo una aprehensión inadecuada de la realidad, sosteniendo mitos y símbolos. Es inherente al pensar, reflejando contenidos presupuestos, es un a priori, que subyace a las manifestaciones culturales, y que no requiere fundamentación. Mannheim expande la noción de ideología en tanto nadie está libre de ella. En esa ampliación quedó atrapado ese autor, en tanto no se podía evadir de ella (todo es ideológico), por lo que buscó la salida a través de la utopía. En esta misma línea, más recientemente P. Ricoeur, añade a las anteriores dos concepciones una tercera: la ideología como integración, en tanto funciona como mediación en la esfera social sirviendo de integradora de la identidad social. Su razonamiento parte de reconocer a la ideología también como legitimadora, en dos aspectos, como pretensión a la legitimación por parte de la autoridad gobernante, y como creencia en la legitimación del orden. Este es un hecho relevante, en tanto existe un componente de legitimación de los estilos de desarrollo y en la manera de concebir las apropiaciones de la Naturaleza. La ideología, entendida también como integradora, representa un aspecto contrario a la primera concepción. Ante ello Ricoeur advierte que la ideología se hace deformación sólo cuando esta función integradora se atrofia. Es así que los componentes ideológicos del desarrollo tocan aspectos más vastos de la identidad social, incluyendo las concepciones de desarrollo y de la Naturaleza. Considerando todos estos aspectos, la definición de trabajo que se sigue es la de

- (a) El progreso humano es lineal, con metas y objetivos siempre crecientes, exacerbado en los componentes materiales.
- (b) Está apoyado en una lógica de manipulación y dominación, entre los hombres, y con la Naturaleza.
- (c) Profundamente antropocéntrico, donde la Naturaleza no posee valores intrínsecos.
- (d) Esencialmente a-histórico, donde no se toma conciencia de las responsabilidades humanas en el "hacer" de la historia.
- (e) Esencialmente individualista, donde la dimensión del quehacer colectivo se desvanece, y los hombres actúan individualmente.
- (f) Desvinculación de la ética y la moral.
- (g) Postura esencialmente antiutopista, donde no existen otros órdenes alternativos potencialmente mejores y todos los cuestionamientos a la actual estructura y función social pueden ser peligrosos.

Este paradigma se ha colado en diversas propuestas de tono ambientalista. El caso más claro se observa en la concepción de desarrollo sustentable presentada en "Nuestro Futuro Común", el informe que la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo liderada por la noruega Gro Harlem Brundtland. Allí se ligaba el desarrollo sustentable, en su sentido conservacionista y ecológico, con el crecimiento económico:

"Está en manos de la humanidad hacer que el desarrollo sea sostenible, es decir, asegurar que satisfaga las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer las propias. El concepto de desarrollo sostenible implica límites -no límites absolutos, sino limitaciones que imponen a los recursos del medio ambiente el estado actual de la tecnología y de la organización social y la capacidad de la biósfera de absorber los efectos de las actividades humanas-, pero tanto la tecnología como la

concebir la ideología como una comprensión a priori, sustentada colectivamente, sin necesidad de una justificación que podríamos llamar racional, y que por lo tanto es inmune o muy difícilmente criticable, y sobre la que se apoyan y fundamentan ideas y valores, y que sirve para legitimar e integrar socialmente. Deseo subrayar que la ideología no es sinónimo de irracional, sino que allí se da cobijo a una racionalidad en particular. En otro lado he explorado esa racionalidad, la que he llamado "instrumental manipuladora", apoyándome y expandiendo las ideas de M. Horkheimer. Ahora bien, en tanto todos estamos más o menos inmersos en una ideología, siguiendo a Ricoeur, una crítica ideológica sólo puede hacerse desde una postura utópica. Aquí se la hace desde varios de los borradores que se expresan en el movimiento ambientalista, y en especial desde la ecología social.

organización social pueden ser ordenadas y mejoradas de manera que abran el camino a una nueva era de crecimiento económico." (CMMAD, p. 29)

Esto explica el gran éxito y amplia aceptación de este informe. Para aquellos verdaderamente preocupados por un nuevo desarrollo alternativo, la primera parte de la definición era alentadora, poniendo el énfasis en las generaciones futuras y reconociendo límites en el progreso. Pero para otros, todavía obsesionados con el crecimiento económico, la última parte les daba un respiro.

Esto no es nuevo, y tan sólo refleja las tensiones entre la conservación y el crecimiento económico. En los hechos el informe Brundtland no agregaba una gran novedad, y unos 15 años antes, en la primera conferencia de las Naciones Unidas sobre ambiente y desarrollo (Estocolmo, 1972), R. McNamara, en ese momento presidente del Banco Mundial, señalaba:

"No es cuestión de si debe o no haber crecimiento económico continuado. Debe haberlo. Ni tampoco es cuestión de si debe o no respetarse el impacto sobre el medio ambiente. Tiene que respetarse. Ni, menos que nada, tenemos que preguntarnos si estos dos problemas están interconectados. Lo están. La solución del dilema gira claramente no en torno al sí, sino en torno al cómo."

Ese mensaje era claro y premonitorio. Las nuevas políticas ambientales del libre mercado son un "cómo" responder a la aspiración de mantener el crecimiento económico con un manejo del ambiente.

Elementos básicos de las nuevas políticas ambientales neoliberales

Sobre esta reciente vinculación entre el desarrollo y la ecología, ha emergido en los últimos años, una nueva manera de encarar la conservación de los recursos naturales. A los viejos objetivos de proteger y conservar plantas, animales y ecosistemas, se suman otros nuevos, que adquieren mayor importancia, tales como la preservación y uso de los recursos naturales para mantener y expandir los actuales procesos productivos. Así, las áreas silvestres

se protegen en función de su utilidad al mercado, y no tanto por las plantas y animales que ellas albergan⁴.

La manifestación más clara de esta tendencia es la emergencia del ambientalismo del libre mercado. Entre sus principales propulsores debemos mencionar a Terry Anderson, una economista de la Universidad de Montana, EE.UU. Anderson es autora, junto a Donald Leal, un asociado al Centro de Investigaciones en Economía Política de los EE.UU., del libro "Ambientalismo del mercado libre". Este libro fue publicado por una ONG de San Francisco, el Pacific Research Institute, que incluía al mismo F.A. Hayek en su consejo asesor. Anderson y Leal en su trabajo presentan una fuerte crítica al rol del Estado en el manejo de los recursos naturales y proponen que la solución a los problemas ambientales descansa en la aplicación de "derechos de propiedad", de manera de facilitar los procesos de mercado. También debe citarse a autores como John Baden, un economista de la Foundation for Research on Economics and the Environment, Richard Stroup, profesor de economía en la Universidad de Montana, y William Baumol, docente en las universidades de Nueva York y Princeton.

A ellos deben sumarse los aportes de algunos economistas del Banco Mundial (particularmente S. El Serafy con su promoción de una nueva contabilidad ambiental), las del empresariado ecológico, y algunas contribuciones de centros no gubernamentales (como el World Resources Institute de los EE.UU.). El empuje académico se potenció con una mayor difusión en revistas como *The Economist* (véase por ejemplo, el temprano suplemento de Setiembre de 1990 sobre temas ambientales), y el más reciente surgimiento de revistas en temas empresariales y ecológicos (como por ejemplo "Eco-decision", "In Bussiness", "E, the environmental magazine").

Seguidamente presentaré una revisión crítica de los aspectos que considero más relevantes de estas nuevas políticas ambientales neoliberales.

La conservación como negocio

Clásicamente se ha sostenido que diversos problemas ambientales tienen su origen en el mercado, o no pueden ser solucionados, debido a sus

4) Este sesgo es evidente en la obra sobre conservación de la biodiversidad de McNeely y colab. (1990), que patrocinaron ONGs conservacionistas, como el World Resources Institute, Conservation International, y el WWF, junto al Banco Mundial.

imperfecciones. Las nuevas políticas ambientales neoliberales, por el contrario sostienen que esos problemas no son originados por un mal funcionamiento del mercado, sino por las distorsiones que otros actores introducen en él, especialmente los gobiernos. Para ellos el mercado constituye un escenario y una herramienta privilegiada para la solución de los problemas ambientales⁵.

El libre mercado deja de ser un impedimento y pasa a ser una condición necesaria para alcanzar el desarrollo sustentable. S. Schmidheiny (1992: 27) vocero destacado del empresariado ecológico sostiene que:

"La piedra angular del desarrollo sostenible es un sistema de mercados abiertos y competitivos en los cuales los precios reflejan tanto los costos del medio ambiente como los de otros recursos."

Frente a las reiteradas críticas de que los agentes privados han destruido el ambiente, este hecho no es negado, pero se retruca que cuando eso sucede no se debe a una intención de las personas, sino a un mal funcionamiento de los gobiernos:

"Una respuesta más fundamental admitiría que los intereses privados realmente contaminan el medio ambiente. Sin embargo, su comportamiento fue, en gran parte, estimulado, y en algunos casos, determinado por las regulaciones y por las leyes creadas por el sector público." (Block 1992: 223)

Por esa razón, muchos de los problemas ambientales actuales son achacados a los gobiernos:

"La superexterminación de recursos efímeros, como los búfalos, en el siglo XIX, y las ballenas, en el XX, y la superexplotación de recursos comunes como el aire, agua de la tierra y petróleo, son reconocidos como resultado del fracaso gubernamental -y no del mercado" (Baden y Stroup 1992: 181)

La bondad del mercado es considerada superior no sólo en términos de la gestión ambiental sino también para otras esferas como la social:

5) En este sentido consúltense las obras de Anderson y Leal, 1991; Anderson, 1992; y Baden y Stroup, 1992.

"La correlación entre las naciones y los sectores nacionales ofrece argumentos fuertes que sugieren una superioridad del mercado en relación con los gobiernos, sea ella medida en términos de calidad ambiental, equidad o eficacia económica" (Baden y Stroup, 1992: 183)

El mercado funciona en base a los intereses individuales, y no en base a los colectivos. El óptimo del mercado libre requiere, a juicio de estas ideas, de una serie de condiciones y herramientas. En primer lugar, la opción del mercado se basa en la aceptación voluntaria de los individuos. Seguidamente se requieren derechos de propiedad sobre los recursos naturales de manera de poder ingresarlos a las transacciones de mercado. Este ingreso de la Naturaleza requerirá como reformas adicionales una nueva contabilidad que permita considerar este tipo de variables. De hecho se sostiene que el mercado libre es el único que permite que todos los costos, incluidos los ambientales, sean tenidos en cuenta. Asimismo el mercado debe estar protegido de intervencionismos, y en especial, de aquellos que provienen del Estado. El papel del Estado se reduce a aspectos básicos, en particular proveer el marco legal de funcionamiento del mercado.

Medidas como la nueva contabilidad ambiental o la expansión de la propiedad sobre la Naturaleza son medidas tendientes a ingresar en el mercado los llamados efectos externos, o externalidades⁶.

Los riesgos contra esta solución del libre funcionamiento del mercado son, entre otros, la intervención desde el gobierno, la burocracia, la falta de incentivos apropiados, falta de información, decisiones privadas que no han

6) El concepto de efectos externos o externalidades se aplica a una actividad que genera ciertos efectos que no se reflejan en los costos o precios. El efecto externo en sí mismo carece de precio; nadie paga por su beneficio o su perjuicio. Las externalidades pueden ser tanto positivas como negativas, pero son estas últimas las que más preocupación causan, en tanto muchas de ellas están asociadas a problemas ambientales. Un claro ejemplo es una fábrica que genera contaminación por el humo que emite su chimenea y que afecta sobre todo a los vecinos cercanos. La externalidad aquí es la contaminación y afecta negativamente a los vecinos, pero es muy difícil hoy por hoy evaluar los costos que ese perjuicio ocasiona. Asimismo, la gente sufre de esa externalidad negativa sin que ella lo solicite. Nótese que el dueño de la fábrica está además transfiriendo uno de sus costos (como puede ser la instalación de un filtro en la chimenea) a los vecinos del barrio (que enfrentan costos por tener que lavar más veces sus ropas, depreciación del valor de sus casas por la cercanía a la fábrica, pagar reiteradas visitas al médico por afecciones respiratorias, etc.). Para una discusión mas amplia véase Baumol y Oates (1988), y muy especialmente Smith (1980).

tomado en cuenta todos los costos y beneficios, o monopolios que distorsionan precios y producciones⁷.

Negocio de todos, negocio de nadie: la privatización de la vida

Un requisito indispensable para la gestión ambiental en el libre mercado es que los recursos naturales puedan tener dueños. Esta es la expansión de los derechos de propiedad sobre la Naturaleza, o en otras palabras, la privatización de la vida. Anderson y Leal (1991:3) lo especifican claramente:

"En el corazón del ambientalismo del mercado libre está un sistema bien especificado de derechos de propiedad sobre los recursos naturales. Si esos derechos son sostenidos por individuos, corporaciones, grupos sin fines de lucro, o por grupos comunales, se impone una disciplina sobre los usuarios de los recursos por que el bienestar del dueño de la propiedad está en juego si se toman malas decisiones. (...) Aún más, si los derechos de propiedad bien especificados son transferibles, los dueños deben no sólo considerar sus propios valores, ellos también deben considerar lo que otros están dispuestos a pagar."

Esta necesidad se deriva no sólo de requisitos que se consideran propios de la gestión ambiental, sino también porque es indispensable para el resto del mercado en su conjunto. Baden y Stroup (1992: 181) sostienen que los "Derechos de propiedad claros y ejecutables son esenciales para el funcionamiento de una economía".

Estas posturas sostienen que ha sido la ausencia de esos derechos de propiedad sobre la Naturaleza, lo que ha originado diversos problemas ambientales. En efecto, los llamados "bienes comunes", que carecen de dueños, como el aire o los mares, han sido los más afectados por el hombre. Este es el caso de la contaminación de la atmósfera o de las aguas oceánicas. Como esos son bienes comunes que carecen de dueños, nadie en particular reacciona en su protección toda vez que son afectados. Los gobiernos han sido ineficaces en hacer otro tanto.

Al ser de todos son de nadie. Por ello, y refiriéndose al dicho "negocio de todos, negocio de nadie", los ambientalistas del libre mercado sostienen que nadie está realmente interesado en proteger esos bienes comunes porque no

7) Cfr. Anderson y Leal, 1991; Baden y Stroup, 1992.

constituyen un negocio aprovechable. Para ellos esta paradoja sólo se puede superar mediante la asignación de derechos de propiedad (Baden y Stroup, 1992: 181):

"... la ausencia de derechos de propiedad claros, ejecutables y transferibles, invariablemente generaba problemas ambientales en diversos niveles de gravedad."

La necesidad de este tipo de derechos de propiedad sobre la Naturaleza es subrayada ya que su ausencia, además de los problemas ambientales, también genera problemas en otros ámbitos del funcionamiento de la economía (Baden y Stroup 1992: 181). En este sentido se asoma en las políticas ambientales neoliberales un objetivo primario que es mantener un eficiente funcionamiento de la economía, y no la preservación de la Naturaleza, como objetivo primario. Esa preocupación preservacionista no es una reacción ante la pérdida de animales y plantas o por la destrucción de ecosistemas, sino por que es necesario conservarla para que las economías sigan funcionando.

Block (1992: 238) se pregunta *"¿Por qué no seguir el camino defendido y abierto por Margaret Thatcher, aún más adelante y privatizar lo que ahora no parece privatizable, como los océanos, mares y otros grandes espejos de agua ...?"* Siguiendo este razonamiento se ha propuesto la asignación de diversos derechos de propiedad, o derechos de uso, sobre los recursos naturales. El Instituto Adam Smith de Inglaterra proponía a inicios de 1992 privatizar ballenas, elefantes y otras especies en peligro de extinción.

A partir de este concepto se proponen herramientas específicas tales como el otorgamiento en propiedad de parcelas de tierras o mares, patentes o derechos de propiedad intelectual sobre microorganismos, plantas o animales, o partes derivados de ellos, licencias o cuotas de explotación sobre recursos naturales.

Un problema de cálculo: el precio de la vida

El neoliberalismo concibe los recursos naturales en términos de sus valores productivos o económicos. Otros tipos de valores no son considerados o son minimizados, y no aceptan que la Naturaleza pueda ser sujeto del valor, pero sí un objeto de valor, aunque bajo una perspectiva reduccionista, donde la pregunta sobre si un ser vivo puede ser sujeto de valor se desplaza a la pregunta de cuánto cuesta.

Las áreas naturales protegidas se convierten en "bancos" de recursos genéticos (es interesante señalar que la palabra "banco" se ha introducido en el vocabulario de gestión de áreas silvestres).

A la vez que se introducen los recursos naturales en los mercados, éstos pueden ser objeto de transacciones, usualmente de compra y venta, medidas por un precio. Esta situación es clara cuando se piensa en la compra de madera, un recurso natural, por la cual se paga un precio. De esta manera, tanto los ecosistemas, como las especies de fauna y flora, pasan a ser formas de "capital natural".

Pero los ambientalistas neoliberales reconocen que asignar un precio a la madera es una estimación inadecuada del valor de un árbol. En efecto, un árbol, según ellos, como recurso, es más que la madera. Por ello, el precio debe reflejar en todas sus dimensiones el valor del ser vivo. Esto es además necesario para la generación de una nueva contabilidad que permita manejar adecuadamente los costos ambientales.

Por ello, el valor de la vida pasa a ser un problema técnico, donde se busca la mejor fórmula o procedimiento para asegurar un precio. La conservación de la Naturaleza pasa a ser un problema que puede evaluarse como de costo-beneficio. El mantenimiento de áreas protegidas es importante solamente si se generan los recursos económicos por medio de regalías sobre el acceso a recursos naturales, ecoturismo, etc.

Una forma alternativa, pero consecuente con este razonamiento es considerar que puede existir una "inversión" de capital natural. La CEPAL (1991, p 30) indica en este sentido que "*... es imprescindible reconocer que los recursos naturales y ambientales son formas de capital y que, como tales, son objeto de inversión.*" O sea que cuando se conserva un área natural, en realidad no se están protegiendo ni las especies ni los procesos ecológicos, sino que se está invirtiendo. El problema sería que los gobiernos y agentes económicos no reconocían que esas acciones constituían un tipo de inversiones.

La fragmentación de la vida

Las políticas ambientales neoliberales también contribuyen a una fragmentación de la vida. Los genes, antes que las especies o los ecosistemas, se convierten en los reales sujetos de preocupación. Los derechos de propiedad

pueden ser no sólo sobre plantas o animales, estos es sobre los organismos, sino sobre sus partes, y en particular el material genético que es responsable de sus atributos.

Estas nuevas formas de derechos de propiedad sobre las variedades genéticas son necesarias para que éstos puedan ser vendidos y comprados en el mercado. Para las compañías farmacéuticas, químicas, médicas y agropecuarias, el acceso a estos genes en exclusividad, significa el poder comercializar, también exclusividad, sustancias químicas o semillas, que pueden representar sumas millonarias. Considérese el caso de una compañía que puede comprar los genes responsables de la síntesis de una sustancia tóxica de un animal, y que a partir de ella, se produce una medicina. La comercialización de ese producto generará altas ganancias por regalías y derechos de uso.

En ese sentido, un nuevo conjunto de normas y regulaciones están siendo promovidas por los gobiernos y las firmas biotecnológicas, muchas de las cuales ya fueron aprobadas en el marco de la Ronda Uruguay de negociaciones del GATT (Acuerdo General sobre Comercio y Aranceles).

La vida es entonces fragmentada en sus componentes más básicos y dividida entre propietarios. Se cierra así un círculo: para maximizar el potencial económico de la ciencia, el mercado libre neoliberal requiere de la libertad de propiedad sobre las unidades genéticas que encierran las plantas, animales y microorganismos. Esta fragmentación de la vida seguramente desembocará en nuevas formas de concentración de la riqueza y de controles sobre la producción.

Nueva contabilidad ambiental

Las nuevas políticas ambientales neoliberales requieren de una nueva contabilidad que tenga en cuenta los costos ambientales. Esto se debe a los intentos de internalizar las externalidades, por ejemplo, por el desarrollo de nuevas herramientas como tasar la contaminación. Este objetivo es considerado la "enmienda necesaria más importante a los sistemas de mercado actuales" (Schmidheiny, 1992). Se han generado así nuevos procedimientos de contabilidad ambiental, incluyendo la generación de nuevos índices para las

economías nacionales que toman en cuenta los recursos naturales. Es corriente ahora hablar de "capital ambiental" e incluso se discute sobre su depreciación⁸.

Consecuentemente se buscan adaptar algunos procedimientos, como los análisis costo-beneficio, de manera de incluir variables ambientales. Esto a su vez ha obligado a evaluar la introducción de componentes ambientales en estimaciones claves para ese tipo de cálculos, pero que desencadenan grandes problemas. El caso más típico se observa en la evaluación de las tasas de descuento, que en análisis corrientes es referida a tasas de interés. Las dificultades aquí son muy amplias en tanto se intenta evaluar si un ecosistema, por ejemplo un matorral, valdrá lo mismo dentro de uno año, diez años, o aún más tiempo.

Privatización de la gestión ambiental y el nuevo papel del Estado

Las políticas de gestión ambiental excluyen la dimensión ética, y sus objetivos son establecidos por el mercado, en su sentido económico.

Como se señaló arriba, estas corrientes apuntan a la privatización de los recursos naturales, considerando la intervención Estatal perjudicial. El Estado no es negado, sino minimizado, y se le da un nuevo papel, subsidiario al mercado: es el que debe asegurar que el mercado funcione. Anderson y Leal (1991: 3) sostienen claramente que "El ambientalismo del mercado libre enfatiza un papel importante para el gobierno en la ejecución de los derechos de propiedad".

Se critica la visión del Estado que intervenía allí donde el individualismo generaba externalidades que costaba todo el grupo social; las externalidades han sido uno de los principales argumentos para la intervención estatal sobre el interés individual, y sobre esa idea han atacado los ambientalistas del mercado libre. El cuadro de privatización se completa con el objetivo de que los recursos naturales queden en manos privadas.

Bajo estas condiciones se proponen medidas de gestión que en su mayoría refieren a mecanismos de mercado de manera de ajustar su eficiencia. Entre las medidas propuestas están impuestos a la contaminación (principio

8) Entre las contribuciones recientes en estos temas pueden mencionarse por ejemplo a El Serafy (1991) y Peskin (1991).

contaminador-pagador), asignación de cuotas de contaminación y la compra venta de las cuotas en un mercado de "créditos" de emisiones contaminantes, incentivos económicos, etc. O en pocas palabras, aquellos que tengan el dinero suficiente podrán pagar por seguir contaminando.

Los incentivos económicos buscan promover buenas conductas en las personas, ya que como en su base son egoístas, se debe subsidiar para que se comporten bien, como si comportarse bien equivaldría siempre a perder dinero.

Las medidas neoliberales económicas pueden alcanzar posiciones ridículas. En su búsqueda obsesiva de optimizar los mercados se ha propuesto el principio de contaminador-pagador, pero que algunos neoliberales han invertido, sosteniendo que son aquellos afectados por la contaminación los que deben pagar esos impuestos (y no el contaminador), de manera de inhibir a las personas de escoger lugares de residencia próximos a industrias contaminantes (Baumol y Oates, 1988). En una escala internacional esto puede resultar en sugerencias del tipo de que las poblaciones de los países en desarrollo deberían pagar impuestos a los países industrializados de manera de evitar las "distorsiones de los mercados".

Globalización de las políticas ambientales

Las políticas ambientales neoliberales han generado una visión particular de los problemas ambientales, jerarquizándolos en "globales" versus "locales".

Los globales incluyen asuntos como el aumento de gases con efecto de invernadero en la atmósfera y la reducción de la capa de ozono, que pueden desencadenar ciertos cambios a escala planetaria. En parte por la evidencia científica, y en parte por la acción de la prensa, se ha generado una visión caricaturesca de la inmediatez de una catástrofe ecológica a escala planetaria.

Lo cierto es que, desde el ámbito académico, existen dudas sobre el ritmo y gravedad de estos cambios ecológicos globales. Las políticas neoliberales reaccionan frente a estos problemas, pero no por que esos problemas en sí mismos sean más o menos graves, demoren más o menos tiempo en surgir, sino por que podrán afectar sus economías. Baste como ejemplo el posible recalentamiento de la temperatura media del planeta por el efecto invernadero. Las consecuencias de esto no serán negativas para *todos* los países, y de hecho algunas regiones podrán verse favorecidas, aumentando sus producciones agropecuarias.

Pero lo cierto es que esos problemas globales han copado la agenda de las ayudas ambientales y los esfuerzos por medidas concretas de cambio.

Los países industrializados, en su conjunto, sufrirán más consecuencias negativas que positivas. A partir de ello se ha sostenido que estos problemas ambientales globales afectarán su seguridad nacional.

Redimensionamiento de la seguridad nacional

Actualmente se considera que los problemas globales afectan la seguridad de los Estados. Esto es más o menos claro, con diferentes matices, en los países industrializados. Por ejemplo, el manejo de los problemas ambientales globales es concebido por algunos autores de los EE.UU. como un asunto de prioridad nacional⁹.

Esta preocupación también se sustenta en la dependencia de los países industrializados de los recursos biológicos del Sur. Particularmente las variedades de plantas que se cultivan y que sostienen las dietas de los países industrializados son originarias de países del Tercer Mundo, y son necesarios contínuos aportes de "genes salvajes" para mantener el vigor de los cultivos.

Propuestas recientes, como las presentadas por el actual vice-presidente de los EE.UU., Al Gore en su libro "La tierra en juego", subrayan la necesidad de implantar a nivel mundial algunas de estas reformas, tales como un nuevo sistema de contabilidad para mensurar los costos ambientales. Gore propone un "plan Marshall verde" con una serie de reformas y asistencias desde los países ricos para la reforma de los procesos productivos, la creación de nuevos tratados internacionales en estas materias, y una nueva educación ambiental.

Un círculo que se cierra: el caos como base científica

Las ideas del ambientalismo del libre mercado alcanzan fáciles acuerdos con corrientes dentro de la ecología biológica que pregonan mecanismos similares, en particular la ecología del caos (véase por ejemplo Botkin, 1990).

9) Este nuevo sesgo se ilustra claramente en el libro editado por J. W. Brown (1990) "En el interés de los EE.UU.". Allí se señala la importancia de ese punto, lo que se refleja en el comentario a este libro por W.E. Colby, ex-director de la CIA, donde sostiene que hoy, en tanto la Guerra Fría fue superada, la nueva agenda de seguridad incluye los temas ambientales.

Esta rechaza la vieja noción de que las comunidades de plantas y animales son una entidad real compuesta por un conjunto de especies. En su lugar, la ecología del caos considera que las comunidades no existen en sí mismas, y que cada individuo lucha en la Naturaleza por su propio beneficio. Las comunidades en tanto no son reales son sólo el resultado aparente de los comportamientos egoístas de múltiples individuos. La Naturaleza no tiene un orden, sino que en su esencia es errática y caótica. Cualquier conjunto de especies es tan bueno como otro conjunto, de donde una compleja comunidad de un bosque tropical es tan buena como los animales que sobreviven en un basural.

Estas nuevas versiones de la ecología que parten de un relativismo extremo, terminan políticas de conservación de la Naturaleza que se dan la mano con las políticas ambientales neoliberales.

Las similitudes entre las posturas de F. von Hayek y las de la ecología del caos son importantes. Neoliberales conciben a la sociedad como un conjunto abierto de individuos que sólo interaccionan en la persecución de sus propios beneficios. Los seres humanos son reducidos a un producto de las relaciones de mercado, donde el bien común es alcanzado a través del egoísmo individual.

La exclusión de la ética

Un aspecto extremadamente importante de las políticas neoliberales es la exclusión de la ética. Esa postura parte de negar la posibilidad de la solidaridad y el altruismo en el hombre, y concebir a las personas como esencialmente egoístas. Es por ello que se cita una y otra vez la concepción de Adam Smith sobre "el principio que motiva la división del trabajo", quien sostiene que el hombre sólo recibirá benevolencia si logra mover *"en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide"*, y agrega que *"No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas"*.

Estas afirmaciones, con más de dos siglos a cuestas, no fueron escritas por un neoliberal, pero son las invocadas hoy por ellos. En efecto, otro tanto sostiene Hayek (1990: 53-54): *"... nos vemos obligados a concluir que no está al alcance del hombre establecer ningún sistema ético que pueda gozar de validez universal."*

Consecuentemente, a partir de esa postura sigue la del ambientalismo del libre mercado: *"El desarrollo de un ética ambiental puede ser deseable, pero difícilmente cambiará la naturaleza humana básica. En vez de intenciones, la correcta administración de los recursos depende cómo buenas instituciones sociales controlan el interés personal a través de incentivos individuales."* (Anderson y Leal, 1991: 4)

Este no sólo minimiza las dimensiones éticas, sino que las relega con un actitud que se aproxima al desprecio, enviándolas a la cesta de lo que no es científico, sino apenas filosófico y especulativo:

"En un verdadero sistema de libre empresa, los derechos de los individuos y su propiedad son sagrados y no dejan de valer por cuenta de conceptos filosóficos, como el bien público, o el interés público o el bien común" (Block, 1992: 226)

Para el neoliberalismo sólo funciona el mercado en base al interés individual, y no en atención a la solidaridad colectiva. Es la codicia la que mueve el progreso humano, y las instituciones, aún las naciones, son reducidas a una compañía, y los ciudadanos se igualan con accionistas. Con un fatalismo expresado como una supuesta verdad científica o histórica, se señala la imposibilidad de generar valores comunes. La naturaleza básica del hombre es egoísta y no puede existir una ética ambiental.

Como el proceso básico es el egoísmo, comportarse egoísta no está mal en sí mismo, sino que lo que está mal son las condiciones que lo permiten o alientan. Si un empresario daña el ambiente contaminándolo, no es su culpa, y deberá ser perdonado, en tanto han sido "otros" que lo han "obligado" a ello:

"...hasta un industrial imbuído del espíritu público sería forzado a escoger el camino de la contaminación. Si él invierte aisladamente en caros equipamientos de prevención de gases, en cuanto sus concurrentes invaden la propiedad del vecinos con sus partículas de polvo, estos últimos estarán en condiciones de vender abajo de su precio y hasta de llevarlo a dejar el negocio, mas temprano o más tarde" (Block 1992: 226)

Bajo un halo de fatalismo, en tanto nadie puede escapar a un egoísmo que es presentado como propio del hombre, se pasa a jerarquizar la competencia: la solidaridad en sí misma no existe, ni debe existir. Y si la solidaridad entre los hombres es negada y desplazada, qué decir entonces de la solidaridad con la Naturaleza. Para ella tampoco hay lugar. Una reacción contra estas

concepciones, o sea, una recuperación de la ética, es entonces la base de cualquier alternativa.

La difusión del ambientalismo neoliberal en América Latina

Las ideas de un ambientalismo del mercado libre que emergieron en los EE.UU. y Europa se están distribuyendo por toda Latinoamérica. En particular, el tema de la gestión ambiental, desde la perspectiva neoliberal, comenzó en los 70s, en diversas universidades del Norte, y en particular en el Public Choice Center.

En Chile, el Centro de Estudios Públicos (CEP), una ONG de investigación orientada hacia temas neoliberales, ha publicado una traducción del artículo de T. Anderson. CIEPLAN, también de Chile, editó en 1991 un libro con diversos artículos, bajo distintas perspectivas, sobre estos temas, donde se destaca el aporte de R. Repetto, del World Resources Institute (EE.UU.) sobre contabilidad ambiental. En Brasil, el Instituto de Estudios Empresariales de Porto Alegre, ha editado recientemente un versión portuguesa de esta materia con el sugestivo título de "reconciliación entre la economía y el ambiente", con contribuciones de varios defensores del ambientalismo del libre mercado (tales como Anderson, W. Block, etc.).

Libros sobre esas materias están siendo traducidos, y organizaciones, como cámaras nacionales de comercio e industria, están organizando cursos y seminarios para discutirlos. Asimismo, en las revistas de negocios se incluyen secciones ambientales, e incluso algunas son específicas en esta materia (por ejemplo "Apertura" y "Gerencia Ambiental" en Argentina).

El "enverdecimiento" empresarial ha sido uno de los primeros síntomas. Comenzó a expresarse fuertemente a fines de la década de 1980, tanto como respuesta a un manejo más eficiente de los costos del control de la contaminación de los procesos productivos, como por razones de mercadeo (marketing), al aumentar la exigencia de los consumidores por productos más sanos o de menor impacto ambiental. En este sentido, puede mencionarse como ejemplo, una temprana campaña de organizaciones ambientalistas de los Estados Unidos contra la compañía de hamburguesas MacDonald's (por el uso de envases plásticos y la promoción de la deforestación en algunos países centroamericanos para aprovechamiento ganadero destinado a la carne de las

concepciones, o sea, una recuperación de la ética, es entonces la base de cualquier alternativa.

La difusión del ambientalismo neoliberal en América Latina

Las ideas de un ambientalismo del mercado libre que emergieron en los EE.UU. y Europa se están distribuyendo por toda Latinoamérica. En particular, el tema de la gestión ambiental, desde la perspectiva neoliberal, comenzó en los 70s, en diversas universidades del Norte, y en particular en el Public Choice Center.

En Chile, el Centro de Estudios Públicos (CEP), una ONG de investigación orientada hacia temas neoliberales, ha publicado una traducción del artículo de T. Anderson. CIEPLAN, también de Chile, editó en 1991 un libro con diversos artículos, bajo distintas perspectivas, sobre estos temas, donde se destaca el aporte de R. Repetto, del World Resources Institute (EE.UU.) sobre contabilidad ambiental. En Brasil, el Instituto de Estudios Empresariales de Porto Alegre, ha editado recientemente una versión portuguesa de esta materia con el sugestivo título de "reconciliación entre la economía y el ambiente", con contribuciones de varios defensores del ambientalismo del libre mercado (tales como Anderson, W. Block, etc.).

Libros sobre esas materias están siendo traducidos, y organizaciones, como cámaras nacionales de comercio e industria, están organizando cursos y seminarios para discutirlos. Asimismo, en las revistas de negocios se incluyen secciones ambientales, e incluso algunas son específicas en esta materia (por ejemplo "Apertura" y "Gerencia Ambiental" en Argentina).

El "enverdecimiento" empresarial ha sido uno de los primeros síntomas. Comenzó a expresarse fuertemente a fines de la década de 1980, tanto como respuesta a un manejo más eficiente de los costos del control de la contaminación de los procesos productivos, como por razones de mercadeo (marketing), al aumentar la exigencia de los consumidores por productos más sanos o de menor impacto ambiental. En este sentido, puede mencionarse como ejemplo, una temprana campaña de organizaciones ambientalistas de los Estados Unidos contra la compañía de hamburguesas MacDonald's (por el uso de envases plásticos y la promoción de la deforestación en algunos países centroamericanos para aprovechamiento ganadero destinado a la carne de las

hamburguesas). Esa campaña, y otras que le siguieron, convencieron a grandes firmas sobre la necesidad de introducir cierta sensibilidad ambiental en sus operaciones.

El neoliberalismo ambiental acentúa esta tendencia fuertemente. Dejando en claro que la actividad empresarial no es sinónimo de neoliberalismo, sí debe señalarse que el ambientalismo de libre mercado brinda una serie de conceptos y herramientas que potencian la actividad productiva, sin cambiar sus dinámicas esenciales, pero dotándola de un barniz ecológico.

El problema de fondo, de compatibilizar algunas medidas ecológicas con la apropiación de recursos, la ganancia sostenida, y la acumulación, fueron realizados sobre todo por los liberales ambientalistas. Las dos iniciativas más importantes de vincular la actividad empresarial con la ecología, han sido las de CERES (Coalition for Environmentally Responsible Economies), nacida en 1989, luego del accidente por derrame de petróleo del Exxon Valdez en Alaska (y por ello, también conocidos como Principios Valdez); y más tarde, en 1990, la GEMI (Global Environmental Management Initiative), la que fue a su vez tomada más recientemente por la Cámara de Comercio Internacional (CCI). Los principios Ceres están más claramente orientados hacia el ambiente, en cambio los segundos, son más elusivos, y es más clara su preocupación con mantener los niveles de ganancia. La CCI ha presentado esos principios en su "Carta empresarial para el desarrollo sustentable", con una gran difusión en América Latina.

PRINCIPIOS EMPRESARIALES AMBIENTALISTAS

Principios Ceres

Protección de la biósfera.

Uso sustentable de los recursos naturales.

Reducción y disposición de desperdicios.

Uso inteligente de la energía.

Reducción de los riesgos.

Venta de productos y servicios seguros.

Compensación por daños.

Apertura pública de información.

Gerentes y directores ambientales en cada compañía.

Auditoría y valoración ambiental anual.

Principios GEMI

Políticas corporativas ambientales.
Gerenciamiento ambiental integrado.
Procesos de mejora.
Educación de los empleados.
Valoración ambiental previa a cada actividad o proyecto.
Productos o servicios sin excesivos impactos ambientales o seguros.
Asesoramiento al consumidor.
Facilidades y operaciones ambientales (reducción del consumo de energía, reciclaje, etc.)
Investigación.
Aproximación precavida para evitar impactos ambientales.
Subcontratistas y proveedores que cumplan estas líneas.
Planes de emergencia ante accidentes ambientales.
Transferencia de tecnología.
Apertura a la preocupación del público.
Acuerdos y reportes.

Basado en Frause y Colehour (1994).

En la misma línea, "Cambiando el rumbo", es el manifiesto del ambientalismo de las corporaciones, y fue escrito por el millonario suizo, presidente del Consejo Empresarial para el Desarrollo Sustentable, Stephan Schmidheiny. La obra ha sido traducida tanto al castellano como al portugués. Sus propuestas han cobrado amplias adhesiones entre el empresariado latinoamericano, tal como lo refleja el apoyo de la Asociación Mexicana de Bancos, Confederación de Cámaras Industriales de México, Asociación de Industrias Metalúrgicas y Metalmeccánicas de Chile, Cámara de Comercio de Lima, Cámara de la Construcción de Colombia, varias compañías locales y otras tantas filiales latinoamericanas de transnacionales, totalizando 155 instituciones de la región. Existen consejos de este tipo en Argentina y Bolivia.

Como se señalaba arriba, la idea básica es que el patrón de desarrollo actual, en su esencia, no está equivocado, y que encierra los mecanismos que puede solucionar los problemas ambientales. El crecimiento económico

automáticamente genera riqueza que se expande a otros sectores, incluido el ambientalista. Por ello se arriba a la conclusión que para solucionar la crisis ambiental se necesita todavía de más crecimiento. Los procesos que ligan el crecimiento económico con los mercados libres se presentan como obvios y automáticos:

"... si más gente tiene que ser alimentada, proceso que necesariamente consumirá recursos adicionales, ellos también pueden crear la riqueza que necesitan para mantenerse y hasta más, gracias a mercados libres y al progreso técnico" (...) Estas y otras cosas "quedan completamente entendidas exactamente en los más elementales manuales de economía" (Block 1992: 255).

Para solucionar los problemas ambientales actuales tan sólo son necesarios algunos ajustes, y es el camino que sigue una perspectiva neoliberal el que mejor permitirá arribar a esa meta:

"... el sector privado, operando en un ambiente donde el gobierno protege los derechos de propiedad y brinda los mecanismos para la adjudicación de conflictos, ofrece la mejor receta para el progreso". (Baden y Stroup 1992: 183)

Los empresarios ambientalistas, nucleándose en sus ligas, promoviendo un toque verde, y explorando el incipiente mercado verde en América Latina, tampoco abandonan la racionalidad del lucro expansivo. Los nuevos modelos de *eco-eficiencia*, muy de moda actualmente en América Latina, son un ejemplo, donde se busca una mayor eficiencia en reducir los costos ambientales para mantener o expandir las tasas de ganancia. Estas posturas son parte de una corriente creciente en el resto del mundo que aboga por un empresariado ecológico. E. Brugger (encargado de una fundación suiza para el desarrollo sostenible de pequeños empresarios latinoamericanos) y E. Lizano (ex-presidente del Banco Central de Costa Rica), animadores de estas posturas, apuntan a que "para producir cada unidad adicional se necesitan menos insumos, incluidos los recursos naturales", y agrega que debe aumentar la eficiencia, por la incorporación de nuevas tecnologías. Si se analizan detenidamente estas ideas se observa que no existe ninguna revisión sobre las bases mismas de la concepción del desarrollo, y de hecho, el ambiente pasa a ser subsidiario para los objetivos economicistas, desde donde la eco-eficiencia y las medidas de mercado, son las herramientas para alcanzar esos objetivos.

Se cae así en un idolatría del mercado sobre el que se reducen todos los procesos sociales¹⁰. Posturas, como las de Hernando de Soto, han tenido amplia influencia en la región, sobre todo por su base empírica, y la re-interpretación del sector informal, como una expresión autónoma de la sociedad que crea su propio mercado, desregulados y libre. Un caso extremo de esta creencia lo representan las afirmaciones de Fernando Romero (Bolivia), que iguala al desarrollo sustentable con el mercado libre, y de allí con la libertad y la democracia:

"El éxito en la búsqueda de soluciones reside en la libertad de elegir, algo que pretende cada ser humano. Esta libertad, sin afectar la de otros, es el origen del libre mercado. En la visión de desarrollo sostenible el mercado puede verse en un permanente plebiscito en el que cada ciudadano escoge su opción dentro de una economía abierta. Pretender intervenir el mercado y manejar las variables de una economía es tan insensato como son las autocracias políticas. Es también poco o nada sostenible. Un mercado dirigido y, por lo tanto, una intervención en la asignación de recursos sin la participación de las fuerzas propias de él, es incompatible con el proceso democrático y se encuentra fuera del concepto de desarrollo sostenible."

Esta visión economicista del desarrollo sustentable está presente en distinto grado en varios aportes latinoamericanos. En el reporte "Nuestra propia agenda" (1990), promovido por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que sin ser apelaciones explícitas al neoliberalismo ambiental, le son permisivas en tanto se busca redelimitar las relaciones entre conservación, desarrollo sustentable y crecimiento económico.

"Nuestra propia agenda" concibe la dimensión ambiental articulada con una nueva estrategia de desarrollo económico-social, donde se apela a la equidad, pero también al crecimiento económico¹¹: *"Se requiere una estrategia*

10) Acertadamente trabajada por H. Assmann y F. Hinkelammert (por ejemplo, 1989).

11) "Nuestra Propia Agenda" no presenta ninguna visión original sobre la articulación desarrollo-ecología, a pesar de sus declaraciones en contrario. De hecho, las vinculaciones que se hacen entre crecimiento económico, equidad y conservación de la Naturaleza, retoman claramente las ideas del Comité de Desarrollo del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En su documento "Ambiente, crecimiento y desarrollo" (DC, 1987), este comité, que incluye usualmente a ministros de economía, con el apoyo de funcionarios y asociados a esas instituciones, señala que la promoción del crecimiento económico, el alivio de la pobreza, y la protección del ambiente, son objetivos mutuamente complementarios en el largo plazo. Este

viable y sostenida que asegure un crecimiento orgánico, regular y equilibrado" (p. 78).

Si bien se matiza esa articulación en atención a posibilidades ecológicas e impactos ambientales, la evaluación de esto se debería hacer mediante la nueva contabilidad ambiental:

"Las políticas económico-sociales han de marchar coordinadamente con la política ambiental para poder considerar tanto las potencialidades que ofrece para el crecimiento el patrimonio de recursos naturales disponibles, como los impactos que sobre éste pueden generar las medidas que se adopten o los proyectos de inversión que se decidan. En este sentido, los estudios para evaluar las cuentas patrimoniales que reconocen los cambios en el inventario de recursos naturales de los países ofrecen un curso promisorio que debe continuar profundizándose." (p. 78)

La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL) presentó recientemente dos documentos, que han contado con la aprobación de los gobiernos latinoamericanos, y que van en el mismo sentido: "Transformación productiva con equidad" (1990) y "El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente" (1991).

En ellos se describe cómo el crecimiento económico puede alcanzarse junto a la protección del ambiente y la equidad social. Estos reportes subrayan que los problemas ambientales no deben ser exagerados, pero que sin embargo un manejo adecuado del "capital natural" es necesario y puede ser alcanzado a través de nuevas metodologías de evaluación ambiental, así como la introducción de diversos correctivos en el mercado.

Como en el caso anterior, la CEPAL igualmente confía en el crecimiento económico como respuesta a todos los males, y de hecho, la gestión del ambiente está subordinada a una racionalidad económica. En el informe sobre desarrollo sustentable se señala:

"... la sustentabilidad del desarrollo requiere un equilibrio dinámico entre todas las formas de capital o acervos que participan en el esfuerzo del

crecimiento de hecho puede quedar limitado por el deterioro del ambiente. Seguidamente se proponen nuevas herramientas para tratar el problema, especialmente los estudios de costo/beneficios con un adecuado tratamiento de las tasas de descuento.

desarrollo económico y social de los países, de tal modo que la tasa de uso resultante de cada forma de capital no exceda su propia tasa de reproducción, habida cuenta de las relaciones de sustitución o complementariedad existentes entre ellas." (1991: 24)

La posición de CEPAL, por momentos apunta a una gestión ambiental apoyada en el mercado, y por otros, señala que eso es insuficiente, requiriéndose la intervención del Estado. En su documento sobre transformación productiva señala:

"Si bien el mercado no basta para crear por sí solo incentivos suficientes para prevenir la sobreexplotación de los recursos naturales o la contaminación, determinados mecanismos de regulación descansan en un alto grado en el mercado: por ejemplo, los impuestos a la emisión de contaminantes, las licencias de pesca, los subsidios a la forestación, y los peajes al transporte urbano de pasajeros. Con todo, cuando el deterioro ambiental es extremo o está asociado a actividades claramente identificables, puede resultar más efectiva una intervención más directa del Estado y de los usuarios de un bien común, o una negociación explícita con el agente depredador o contaminante, o entre los propios usuarios, que pueden alcanzar soluciones de compromiso en lo que se refiere al medio ambiente." (p. 140)

Estos y otros documentos presentan particularidades análogas a las comentadas más arriba para el informe "Nuestro futuro común". Están repletos de buenas intenciones, pero a la vez son difusos y ambiguos, y desde sus páginas se encuentran apoyos tanto para una como para otra corriente. Esa es quizás la mayor limitante de estas propuestas para América Latina: no hay una clara y definida idea de la alternativa hacia la que podríamos movernos.

Ante esa ausencia, se cuelan los neoliberales con sus posturas extremas. Un ejemplo claro es la controversia interna dentro de la CEPAL sobre el papel que le correspondería al Estado en la gestión ambiental, oscilando entre un "estado benefactor ambiental" a su gestión en manos privadas. No es que las propuestas de CEPAL sean *íntegramente* neoliberales, pero sí le son permisivas, observándose como aparecen aquí y allá sus herramientas conceptuales y prácticas, todo lo cual puede terminar fortaleciendo un tipo de sociedad y una dinámica social incluso contrarias a los grandes postulados cepalinos¹².

12) Otro tanto podría decirse de varios documentos y propuestas del Banco Mundial, que en algunos casos resultan ser más "moderados" frente a algunos de los extremismos neoliberales.

Varias de las medidas propuestas por los ambientalistas del mercado libre están abandonando la simple discusión teórica del ámbito académico, y comienzan a surgir en el continente. Es más, esta nueva visión del desarrollo no está restringida a los neoliberales, sino que se expande y tiñe las propuestas de neoconservadores, y aún a tiendas que cualquiera consideraría muy alejadas, como las del socialismo, la socialdemocracia, etc.

Es que la mayoría de los gobiernos de la región ya no niegan los problemas ambientales, y por el contrario, al menos discursivamente plantean la necesidad de enfrentarlo. Pero sus reacciones son todavía difusas (Gudynas, 1992b). Por un lado se están ensayando diversas medidas técnicas para reducir ciertos impactos ambientales, en particular la reducción de la contaminación. Sin embargo esto no implica una reconsideración de los procesos productivos. Por otro lado, han creado leyes, reglamentos y códigos para manejar las protestas ambientalistas, encauzarlas, regularlas, y que de esta manera dejen de erosionar al Estado con sus críticas.

A pesar de todo esto la actitud básica ha cambiado. Ya no es más la negación del tema, o los intentos de minimizarlo. Por el contrario, ahora es aceptado, no sólo por los gobiernos, sino aún por otras élites, como los empresarios. La crítica ambiental se enfrenta hoy ante un interlocutor que reconoce la gravedad del tema, más allá de lo que en realidad haga. Pueden apuntarse diversas causas en este proceso, desde posturas sinceras de reformar la situación, a otras forzadas ante circunstancias que se imponen.

Aquí reside otro componente de cómo el paradigma desarrollista se adapta, y coopta críticas y temas que antes le erosionaban, y lo hace a través de la generación de sus propias ideas y discursos de cómo enfrentar el tema ambiental. Por ello el cambio es sobre todo discursivo, y no se reniegan las metas del crecimiento económico señaladas arriba. La diferencia estriba en que si bien se piensa en el "crecimiento económico" se dice "desarrollo sustentable".

Considérense algunos casos. Costa Rica, presentada una y otra vez como ejemplo del desarrollo sustentable en América Latina es también la que más ha avanzado en estrategias de privatización y mercantilización de la gestión

Pero igualmente recogen varios de sus consejos; véase por ejemplo el reporte de 1992 dedicado al desarrollo y el ambiente.

ambiental. El patrimonio nacional sobre la biodiversidad ha sido transferido a una organización no gubernamental, el INBio (Instituto Nacional de la Biodiversidad). Ese instituto tiene la capacidad de vender los recursos genéticos y biológicos de la nación a compañías privadas, y recibe a cambio regalías de las posibles ganancias. Ni siquiera es el Estado el que hace esa venta, sino que hasta el proceso de negociación, y gran parte de las ganancias que se reciben quedan en manos de una ONG. Esta es una forma sofisticada de privatización y minimización del Estado. Asimismo, repetidamente el presidente costarricense Figueres ha señalado que se conservará la Naturaleza, no por un propósito conservacionista, sino porque es redituable, es un gran negocio (véase especialmente el reporte de Mora C., 1994).

La privatización de la gestión ambiental es incluso animada desde los mismos gobiernos. María Julia Alsogaray, titular de la Secretaría de Recursos Naturales y Medio Ambiente Humano de Argentina, sostenía en 1992 que *"todo lo que se haga en la Argentina en la parte ambientalista lo va a hacer la empresa privada"*, donde el papel del Estado es "fijar las normas" y generar el "interés" de invertir en eso"¹³.

El terreno en que esto se desarrolló es de tal incertidumbre, que hasta los partidos políticos de izquierda, defensores de una presencia fuerte del Estado, terminan apelando a herramientas de corte neoliberal para la gestión ambiental. Durante un seminario sobre comercio internacional y ambiente, organizado por la Organización de los Estados Americanos (OEA), en Santiago de Chile, en Abril de 1992, presencié un claro ejemplo de esto. Allí, María Julia Alsogaray, la mencionada secretaria del ambiente de Argentina (quien estuvo asociada a un partido conservador) y el ministro chileno de Economía, Carlos Ominami (miembro del Partido Socialista de Chile), acordaron en la necesidad de privatizar la gestión del ambiente. Visto desde la platea, la izquierda y la derecha política tradicional aparecían indiferenciadas en sus posturas ambientalistas.

La privatización de recursos naturales puede ejemplificarse con las medidas que en este sentido se están tomando en el mar de Chile. Allí se otorgan a pescadores, concesiones de explotación en superficies marinas, las que pueden explotar a cambio de un pago. Este es un caso de concesión o cuota individual transferible (Cereceda y Wornald, 1991).

13) Entrevista en Página/12, Buenos Aires, 14 noviembre 1993.

Estas concesiones de explotación de recursos naturales no contienen ninguna medida sobre el funcionamiento del ecosistema original. Se puede reemplazar un ser vivo por otro mejor en términos de su productividad. Un ejemplo en este sentido es la controversia en Chile, iniciada en 1990, cuando un consorcio de una empresa nacional y otra japonesa solicitaron reemplazar el bosque perenne nativo por eucaliptos. Otro ejemplo es, en Costa Rica, el convenio por el que el INBio vendió a la compañía farmacéutica Merk, los derechos de uso de las sustancias químicas que se pudieran obtener de las plantas, animales y microorganismos de las áreas protegidas en ese país, en poco más de un millón de dólares, más las posibles regalías de la comercialización de algún producto.

Las medidas de conservación pueden tener impactos sociales que son minimizados o ignorados. Por ejemplo, en México, dos áreas protegidas, en Baja California y Michoacán, que fueron implantadas para la conservación de la ballena gris y la mariposa monarca (Barkin, 1991), son disfrutadas sobretudo por turistas mientras que las comunidades locales, extremadamente pobres, reciben una muy pequeña compensación, a pesar de que han reorganizado sus vidas para contribuir a mantener esas reservas. Una situación similar se encuentra en el área protegida de Monteverde en Costa Rica, donde el bosque tropical es visitado en su mayor parte por turistas, científicos o estudiantes graduados de los EE.UU. Aunque el paisaje es el de un bosque tropical centroamericano, la mayoría de la gente en el área habla inglés, y la zona protegida contrasta así marcadamente con la extrema pobreza de las zonas adyacentes.

Un paso más en la conservación como negocio es ligarla al consumidor, donde consumir pasa a ser condición para preservar. Un ejemplo de esto son las cada vez más comunes campañas de las tarjetas de crédito que promueven su uso vinculándolas a proyectos ambientalistas.

También se están dando pasos hacia la generación de una nueva contabilidad ambiental para la región. Aunque es temprano señalar bajo qué perspectiva desembocarán esos primeros intentos, es posible presentar algunos comentarios a partir de los estudios más recientes en el continente¹⁴.

14) Desde los antecedentes presentados por N. Gligo (1990), la CEPAL ha presentado estudios pilotos para Chile, el sur de Argentina, y el corredor biológico de Chichinautzin en México (CEPAL, 1991).

En esos estudios, los precios fueron asignados tomando en cuenta los precios corrientes en el mercado, los precios estimados para aquellos recursos que no están en el mercado, y el "costo" de mantener un ecosistema natural en esa condición. En el caso de la región de Magallanes en el extremo sur de Chile, el problema fue presentado como un análisis de costo/beneficio, donde se compararon los beneficios que se ganan de una apropiación masiva de los recursos naturales, contra la protección completa de la región o una estrategia mixta de conservación y de extracción. La racionalidad detrás de estas consideraciones se orienta a maximizar el beneficio, y no en la conservación de la Naturaleza en sí misma. Esos estudios no son presentados como una alternativa al actual mercado, sino como un intento de corregir las distorsiones y limitaciones del mercado de hoy.

Paradójicamente algunos grupos ambientalistas y radicales corren también el riesgo de quedar atrapados en una "contabilidad verde" al proclamar una "deuda ecológica" de los países del norte con los del sur. Esa deuda se debe a los recursos que desde la época de la colonia, los países norteros han extraído de América Latina (Borreo Navia, 1994). Si bien el concepto puede tener un importante valor reivindicativo en el campo político, si se avanzara acriticamente en la cuantificación de esa deuda, se terminaría apelando a herramientas de contabilidad ambiental que apoyan una política ambiental que es precisamente la que se está criticando.

La biotecnología también se está expandiendo en la región, de la mano con un modelo de desarrollo agropecuario que privatiza los recursos naturales y favorece a grandes compañías agroindustriales. Un ejemplo en este sentido, y que explica los posibles efectos de la expansión de la biotecnología, es el presentado por Vega y Arriaga (1989), para México. En su estudio se advierte que estas nuevas biotecnologías no reducirán los severos problemas ambientales de ese país, y que sus posibles beneficios sólo alcanzarán a productores rurales medios y grandes, y a las agroindustrias. Entre las consecuencias negativas que ellos identificaron está el aumento de la pobreza de los pequeños campesinos, que la dependencia mexicana de insumos externos (como maquinarias y agroquímicos) no se reduciría, la dependencia de las compañías transnacionales aumentaría en tanto ellas controlan el comercio en los productos biotecnológicos, y finalmente, la independencia de la investigación científica estará amenazada abriéndose el camino a la privatización del conocimiento.



MARKETING

Consumir para preservar

Detentores de cartão de crédito 'verde' repassarão parte dos pagamentos para projetos ecológicos

Com o objetivo de garantir o financiamento de projetos de proteção da fauna e flora marinhas, o Instituto Ecológico Aqualung firmou um convênio com o Banco Nacional, lançando em outubro o primeiro cartão de crédito "co-branded" (com marca) ecológico.

pesca de botos e golfinhos; Centro de Pesquisa Manejo de Abrolhos que monitora os recursos marinhos do Parque Nacional de Abrolhos, no litoral baiano, e realiza pesquisa; o Projeto Baleia Jubarte (ver Ecologia e Desenvolvimento nº 17, "A baleia jubarte"), que protege e mantém a reprodução de baleias na costa do Brasil.

Para adquirir o cartão de crédito, o cliente deverá possuir renda mínima de US\$ 500, ser maior de idade e não ter restrições de crédito. No caso de emissão de cartões adicionais, o dependente deverá ser maior de 16 anos. O cartão Instituto Ecológico Aqualung Nacional Visa é internacional e pode ser usado em mais de 100 países.

Qué bueno para la naturaleza, que esta inversión sea tan rentable.

Seis puntos claves que usted debe conocer.

1. La seguridad jurídica es total. En la operación de compra-venta la tierra y el bosque a su nombre.
2. En cualquier momento puede vender el campo y/o madera a quien desee. Usted es el propietario.

Alto Paraná le propone una inversión de características únicas: usted adquiere un campo forestado y nuestros técnicos se ocupan del mantenimiento del mismo y de asegurarlo permanentemente. Así usted obtiene una rentabilidad mínima, a valores actuales, del 18% anual en dólares. Y ahora puede invertir al contado o cómodamente financiado.

3. La inversión, por estar en zona de prioridad forestal, está exenta de todo tributo sobre la Propiedad Inmueble Rural, Patrimonio, Rentas y Contribución Inmobiliaria.
4. Las especies de árboles e leguminas rebrotan naturalmente luego de su tala, por lo

- tanto su bosque vuelve a generar ingresos.
5. Alto Paraná le permite acceder a los bajos costos de la forestación en gran escala y a su vez evitar los costosos tropiezos de todo esfuerzo independiente.
6. La misma economía de escala es la que le permite obtener precios varias veces mejores al comercializar su madera.

Ejemplo explicativo.

Con una única inversión de US\$ 12.000 en terreno y financiamiento, usted se convierte en propietario de un campo forestado de 100 hectáreas. Después de 7 años, usted puede vender el campo y/o la madera por un valor de US\$ 25.000. Este ejemplo es meramente ilustrativo y no constituye una oferta de inversión. Consulte a un asesor profesional para más detalles.

Rentabilidad perenne.

Esta inversión no caduca. Usted, cada 7 años en forma repetida, recibe las ganancias que produce la venta de su

Inversión financiada.

Una institución de primera línea a nivel mundial, el Republic National Bank of New York, ha abierto un sistema que le permite acceder a su campo forestado a partir de una cuota mínima de US\$ 200 mensuales. Así usted se transforma en propietario del campo y del bosque desde la primera entrega y puede completar cómodamente las cuotas hasta un 6 años, para poseer tiempo después -obtener sus primeros US\$ 30.000.

madera y sigue siendo propietario de su campo y del bosque. Esto lo convierte en un verdadero patrimonio familiar, que le asegura una reserva fuerte y permanente para usted y los suyos.



ALTO PARANÁ

INVERSIÓN CON CRECIMIENTO ASEGURADO

Av. Brasil 2037, Piso 1, Tel. 79 06 76, Fax 79 88 32.

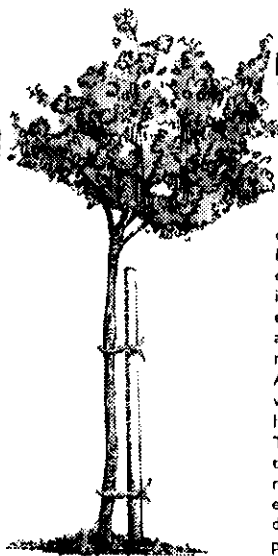
FINANCIADA



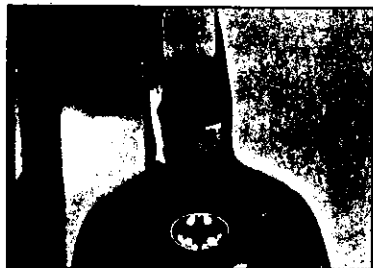
REPUBLIC NATIONAL BANK OF NEW YORK

100.000 ARBOLES EN 3 AÑOS

Telefónica de Argentina, en el transcurso de los tres próximos años, se comprometió a plantar 100.000 nuevos árboles en distintos barrios de la ciudad, de acuerdo con un convenio firmado con la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Una inversión destinada a embellecer y ofrecerle un aire renovador a cada rincón de Buenos Aires. Además de darle un espacio verde a cada uno de sus habitantes. De esta manera, **Telefónica** apuesta a algo tan importante para todos nosotros como es la ecología. Para que este tipo de acciones no queden en palabras.



BATMAN COLABORA CON BIOMA



La película **BATMAN**, el héroe de Ciudad Gótica, llega a Caracas el 10 de octubre a las 8:30 p.m., en el Teatro Altamira.

WARNER BROTHERS presenta

Telefónica piensa que la ecología es mucho más que un tema de conversación.

PLAN REVERDECER
Secretaría de Producción y Servicios.
Subsecretaría de Medio Ambiente.



Telefónica de Argentina

Consumo y conservación. Página opuesta, arriba, promoción del consumo por medio de tarjetas de crédito, donde un porcentaje se deriva a proyectos de conservación de tortugas marinas. El objetivo primario es consumir (Rio de Janeiro, Brasil, 1984). Abajo, un emprendimiento forestal que es presentado como "bueno" para la Naturaleza. El énfasis está en la rentabilidad. No se indica que la forestación con especies exóticas, como pinos y eucaliptos, son en realidad muy perjudiciales para los ecosistemas naturales (Montevideo, Uruguay, 1994).

Arriba, derecha, campaña publicitaria basada en un mensaje ecológico para mejorar la imagen de una compañía telefónica. La acción de forestación no se relaciona con las actividades de la empresa, ni ataca los grandes problemas ambientales metropolitanos (saneamiento, contaminación, vivienda). La ecología se reduce a plantar árboles, también exóticos (Buenos Aires, Argentina, 1994). Izquierda, organización ambientalista que recurre a los mecanismos de mercado para obtener fondos, en este caso el estreno de la película *Batman*, la que además carece de cualquier mensaje ambientalista (Caracas, Venezuela, 1989).

Algunas de estas expresiones se corresponden con la concepción de "conservación como negocio". Se pasan a presentar diversas actividades productivas como ecológicas, e incluso, para aquellas que no lo son, se les diseñan campañas publicitarias que apelan a una ética o estética verde. Un caso claro son las campañas para plantar árboles, la creación de espacios públicos (como plazoletas) o la edición de posters sobre temas ambientales. Todo ello es bueno para la temática ambiental, pero no ataca el fondo de los problemas. Al igual que en el caso de las tarjetas de crédito verde, se presenta al consumo como condición para la conservación. Es lo mismo que decir que el crecimiento económico generalizado y la apropiación de la Naturaleza son condiciones para protegerla. Se apela a destruir algo para después conservarlo, aunque más no sea conservar sus cenizas.

Un paso más adelante es la emergencia de un sector "verde" en las economías, como parte de la venta de servicios de gestión ambiental. En este nuevo rubro, que recién comienza a emerger en América Latina, están las compañías de saneamiento, el procesamiento y reciclamiento de desperdicios, etc. Debe advertirse que el aprovechamiento de materias primas que podrían llamarse ecológicas, el uso ajustado de la energía, o la minimización de la contaminación, no implican necesariamente una racionalidad del desarrollo nueva o alternativa. En este sector lo que igualmente prima es la búsqueda del crecimiento económico, y de hecho se lo presenta como sector donde pueden crecer todavía más las economías. Puede incluso desencadenarse perversos ciclos, como algunos denunciados en Europa, donde se mantienen ciertas actividades productivas porque a su vez alimentan a la industria del reciclaje.

En este contexto, la diseminación de una conciencia verde en América Latina no ha significado un surgimiento igualmente generalizado de alternativas de desarrollo. De hecho, a los viejos problemas sociales y ambientales, se les suman los nuevos énfasis productivos que permiten predecir un impacto ambiental todavía mayor. Con la caída de las concepciones de la Teoría de la Dependencia, tales como la sustitución de importaciones y la promoción de una industria nacional, las nuevas metas apuntan a la integración al mercado internacional para vender recursos naturales. Así, los países latinoamericanos están vendiendo su Naturaleza mientras discuten su precio, y paulatinamente quedan atrapados en soluciones instrumentales, de corto alcance, a sus problemas ambientales.

NATURALEZA y MERCADO

El ambientalismo del mercado libre se sustenta en posturas neoliberales que exageran y extreman algunos de los atributos del mercado y del sistema capitalista. La conformación de una política de ese tipo es posible únicamente en un mercado. Ese marco está condicionando de diversas maneras las políticas ambientales. Sin embargo, tanto dentro del sistema capitalista, como los posibles mercados que se pueden concebir, no son todos sinónimos del neoliberalismo. Es necesario tener presentes estas distinciones para no caer en discusiones dogmáticas, reconociéndose que desde el mercado o el capitalismo pueden desarrollarse más de un tipo de políticas ambientales.

Teniendo en cuenta esa advertencia, en este capítulo se presenta una breve discusión de algunos atributos del capitalismo y el mercado relevantes al tema ambiental. No es un análisis integral que cubra todos sus aspectos, sino que se parte desde el ambientalismo neoliberal, y se exploran algunos temas relevantes, rastreando más allá de éste algunas de las dificultades que desencadena. Se busca avanzar en descubrir las raíces de algunas posturas que trascienden al neoliberalismo, y a partir de ello, ampliar el terreno desde donde se discutan las alternativas. En primer lugar se consideran someramente algunas de las contradicciones ecológicas propias del capitalismo y que son comunes a todas las corrientes que se inscriben en él. Seguidamente se cuestionan algunas limitaciones conceptuales y prácticas del mercado para atender adecuadamente la dimensión ecológica. Establecidos esos problemas se aclara la imposibilidad del crecimiento económico ilimitado o sostenido, que plantea el capitalismo, y que busca desarrollar en el mercado. Finalmente se advierte sobre los efectos erosivos y debilitadores que el neoliberalismo está desatando en el ámbito político.

El mercado y las contradicciones ecológicas del capitalismo

El ambientalismo neoliberal requiere de un ordenamiento capitalista. Su aplicación, tanto en parte, como en su totalidad, sólo es posible bajo ese orden. El capitalismo es un tipo de organización de la sociedad y de las relaciones económicas que descansa sobre el paradigma desarrollista —aunque no es la única forma de expresarse de la ideología del progreso. El capitalismo puede ser concebido como un modo de producción, que apunta a la búsqueda de la maximización de las ganancias, manteniendo comportamientos, organizaciones e instituciones que se orientan en ese sentido, notablemente la propiedad privada y las empresas privadas, las relaciones contractuales, el trabajo asalariado asentado en formas de dependencia funcional y el intercambio en el mercado. Todo esto se presenta a sí mismo como racional, calculador y eficiente.

La racionalidad productiva abarca las esferas científico-técnicas, administrativas, y vastas áreas de la conducta social individual y colectiva, particularmente promoviendo una moral individualista. Se acepta el Estado, en tanto su acción debe asegurar un marco legal que proteja los derechos de propiedad, y que en diversos grados puede actuar para controlar y manejar algunos temas, como por ejemplo los niveles de inflación y desempleo, proveer programas públicos (seguridad, sanidad, educación), y responder a demandas colectivas, de manera de mantener su legitimidad.

Diversas corrientes políticas pueden coexistir con la organización capitalista, y aunque el liberalismo clásico ha sido su propulsor principal, está claro que un amplio abanico, desde regímenes autoritarios a los "nuevos socialismos" (por ejemplo el francés y el español), han mantenido la esencia de esos modos de producción, con diferentes énfasis en la participación del Estado¹⁵.

Bajo el capitalismo, reconociendo todas estas variedades, ya existe un modo de "ver" la Naturaleza. Su propia racionalidad es la de dominar y apropiarse del entorno, al servicio de una idea de progreso continuado. Por supuesto esto no es patrimonio exclusivo del capitalismo y posee una historia

15) En este sentido pueden consultarse obras recientes como las de Habermas (1986), Goodwin (1988), Heilbroner (1990), y Eccleshall y colab. (1993).

mucho más antigua y compleja donde, como sentenció C. Lewis, las cosas son reducidas a una mera Naturaleza para poder conquistarlas: "*Estamos siempre conquistando la Naturaleza, porque 'Naturaleza' es el nombre que tenemos para aquello que hemos conquistado en un sentido*" (1955, p 82-83).

Bajo el capitalismo esto se institucionaliza, y el entorno natural pierde sus propios valores, se desmembra, y se convierte en mercancía a ser transada en el mercado. Tradicionalmente la Naturaleza era considerada como uno de los factores de producción (la tierra), junto al capital y el trabajo. En la perspectiva dominante en economía, un ecosistema es un mero agregado de elementos, algunos de ellos con un cierto valor en el mercado. El capitalismo valora entonces a la Naturaleza en función de su valor de cambio o de uso, corrientemente expresado por un precio.

Los recursos naturales quedan al servicio de procesos productivos, y los "costos ambientales" no eran tenidos en cuenta. De hecho, el reconocimiento del componente ambiental es reciente¹⁶. Corrientemente los impactos ambientales eran englobados bajo el concepto de externalidades. En ese esquema, la incorporación de la dimensión ambiental se daba por procedimientos de "internalización", los que rápidamente se evidenciaron insuficientes¹⁷. A ellos se les han sumado las herramientas neoliberales, más sofisticadas y abarcadoras, las que buscan una integración más completa y profunda del ambiente *dentro* del mercado, y que fueron descritos en el capítulo anterior. Esto se debe al énfasis de esa corriente a considerar el mercado como el escenario esencial para la vida social y económica.

El escenario del mercado ya acota los relacionamientos posibles con la Naturaleza. En efecto, la propia emergencia del mercado está estrechamente relacionada con la del capitalismo, y a su "visión" del ambiente. Su surgimiento implicó nuevas formas de relacionamiento con la Naturaleza. Karl Polanyi en su estudio sobre el desarrollo de la economía de mercado durante el siglo XIX, lucidamente advierte cómo el mercado fracturó al ser humano, y también como

16) Pueden mencionarse en ese sentido los importantes antecedentes en las obras de H. Hotelling, N. Georgescu-Roegen, y K. Boulding. Sin embargo debe tenerse presente, como lo señala la excelente historia de la economía ecológica de Martínez Alier y Schlüpman (1991), que existieron otros tempranos embriones de esa corriente que desafortunadamente no germinaron. Entre los aportes más recientes deben señalarse las obras de Etkins (1986), Daly y Cobb (1989), Pearce y Turner (1990) y Costanza (1991).

17) Véase la nota 6.

lo separó de la Naturaleza. Sobre el hombre y el mercado sostiene que la *"separación del trabajo de otras actividades de la vida y su sometimiento a las leyes del mercado equivalió a un aniquilamiento de todas las formas orgánicas de la existencia y su sustitución por un tipo de organización diferente, atomizado e individualista"* por medio de la aplicación de la libertad del contrato. Y sobre la Naturaleza y el mercado comienza reconociendo que el entorno natural esta inextricablemente unido a las instituciones humanas: la *"tierra se liga así a las organizaciones del parentesco, la vecindad, el oficio y el credo; con la tribu y el templo, la aldea, el gremio y la iglesia."* Lo que el mercado logró fue que estas instituciones ligadas entre sí, y a la tierra, se subordinasen todas a aquel, reduciéndola, olvidando que la función económica es sólo una entre muchas de las funciones del entorno; *"la separación de la tierra y el hombre, y la organización de la sociedad en forma tal que se satisficieran los requerimientos de un mercado inmobiliario, formaba parte vital del concepto utópico de una economía de mercado."*

Existe consenso en que el sistema capitalista, por su propio modo de organizar y regular los sistemas de producción y consumo, desencadena un alto ritmo de destrucción ambiental¹⁸. En tanto el ritmo de acumulación de capital está directamente relacionado con el ritmo de destrucción ambiental, se genera una contradicción donde el proceso productivo termina destruyendo o agotando los factores de producción que los sustentan. En otros casos, la producción por sus impactos ecológicos pone en peligro el entorno ambiental, tanto a escala local (por ejemplo, la contaminación industrial en las ciudades), regional (como es el caso de las alteraciones en la cuenca Paraguay-Paraná) como global (como lo ilustra el recalentamiento global). En estos últimos años se reconoce esa contradicción, pero se vuelve a apostar a un optimismo científico-técnico como solución potencial.

En la base del capitalismo está el mantener los procesos productivos y acumulativos, pero a la vez crear una base de legitimación mínima, atendiendo demandas sociales en temas como la salud, la educación, y otros. La temática ecológica precisamente desnuda dos graves problemas: por un lado, la contradicción entre esa racionalidad de apropiación y acumulación que pone en riesgo a toda la Naturaleza, y por lo tanto a los propios procesos productivos

18) Este aspecto ha sido analizado de manera directa e indirecta por numerosos autores. Se pueden mencionar, entre muchos aportes, los recientes de Dupuy (1980), Fetscher (1988), Mansilla (1981, 1991), Porto Gonçalves (1990), Tudela (1990), Weinberg (1991), los ensayos en Hedström (1981).

que ella sustenta, y por el otro, la emergencia de una conciencia social ambiental que mina la legitimación del sistema, poniendo en entredicho sus bases ideológicas. La lógica capitalista de crecimiento económico expansivo requiere de enormes cantidades de recursos naturales y genera grandes impactos, siendo los sociales los más conocidos, y los ambientales, los más recientes en el debate. En el caso latinoamericano esto es todavía más grave ya que se apuesta al crecimiento económico por medio de la venta masiva de recursos naturales, con poca o ninguna mano de obra agregada, y a precios cada vez más bajos. La exportación de productos básicos sin duda está entre los procesos productivos de mayor impacto, y piénsese como ilustración los casos de las mineras y petroleras. Por lo menos al día de hoy, esa estrategia ensayada unua y otra vez, tampoco ha logrado resolver los problemas de pobreza. Pero además de todo esto, la propia condición ideológica en la que se sustenta el capitalismo explica algo más profundo y generalizado. En efecto, existe un apego psicológico, casi una enajenación, donde los patrones de conducta se modifican, y se busca la satisfacción personal en el consumismo exagerado y la tenencia material. Bajo estas condiciones las contradicciones ecológicas del capitalismo son difíciles de reconocer por las grandes mayorías, quedando el camino abierto para continuar con las estrategias apropiadoras del entorno.

El socialismo real en Europa del Este no significó una alternativa mejor al capitalismo occidental. De hecho la economía planificada y el centralismo estatal constituyó otra de las expresiones de la ideología del progreso, igualmente ciega para evitar una masiva destrucción ambiental, y que hoy, poco a poco, está saliendo a luz. Un rastreo histórico de esa opción, hoy agotada en sus expresiones prácticas, pero no necesariamente en algunas de sus bases teóricas, escapa al propósito de este estudio.

Debe reconocerse que el capitalismo, y su institución privilegiada, el mercado, son dinámicos, y poseen amplias capacidades de modificación. Su propia evolución lo atestiguan. La primacía de la economía en esta marcha es indiscutible, y es desde allí que se está reconociendo en estos días que los problemas ambientales, tanto a escala global como local, están poniendo en riesgo todos los procesos productivos. En tanto la economía empieza a transformarse para articularse con la ecología, desencadenará a su vez una serie de transformaciones en el mercado, y en otras instituciones subsidiarias¹⁹

19) Los noveles esfuerzos por los impuestos a los contaminadores, la venta de derechos de contaminación, las patentes sobre variedades biológicas, y otros puntos discutidos en el capítulo anterior, son muestras de esta tendencia.

Pero el neoliberalismo ambiental constituye una opción, dentro del capitalismo, que si bien busca enfrentar los problemas ecológicos, lo hace apelando a los atributos más anti-ecológicos de ese sistema. Intenta una tarea imposible, que es articular una cierta gestión ambiental sin violentar su propia base de apego al progreso, la apropiación y la acumulación.

Es que el ambientalismo del mercado libre lleva a extremos y a la exageración una propia tendencia del capitalismo y el mercado, subvertiendo la conservación para ponerla al servicio de la acumulación y el provecho material, la reducción de la sociedad al mercado, la exclusión de la ética, y la erosión de la política.

Límites del mercado y la inconmensurabilidad de la Naturaleza

El procedimiento corriente para el ingreso de la Naturaleza al mercado es bajo la adjudicación de valores de uso o de cambio, expresados como un precio. No todos los elementos naturales reciben este tipo de valores, ya que existen varios que no poseen ningún precio. Otros, a pesar de ser valorados, poseen diferentes precios. Por ejemplo, los árboles maderables poseen cierto precio en el mercado, pero no los arbustos. Y si bien el árbol posee un precio, no lo es en su totalidad, sino que está referido a aquellas partes aprovechables, como el tronco, mientras el resto, por ejemplo las raíces, carecen de valor monetario.

El neoliberalismo ambiental busca ampliar o profundizar la asignación de este tipo de valor a todos los elementos naturales. Aquello que carecía de precio queda fuera del mercado, y por lo tanto no puede ser gestionado eficientemente. Por ello, un aspecto central para esta perspectiva es la asignación de valores de uso o de cambio a la Naturaleza. Este proceso de asignación no es inocente, sino que revela una racionalidad propia sobre las relaciones de las personas entre sí y con el ambiente.

En efecto, la asignación de valores monetarios, en el capitalismo, ha sido señalada como expresión de una forma de lucha. Esto fue tempranamente reconocido por Max Weber, quien advirtió que si bien el cálculo del precio es un proceso racional, resulta de una lucha entre los hombres, debida especialmente a "necesidades efectivas": *"El cálculo de capital en su estructura formalmente más perfecta supone, por eso, la lucha de los hombres unos contra*

otros." Esa lucha se ha trasladado a una competencia en un nuevo escenario, el mercado: "Todo el cálculo racional en dinero y, especialmente, en consecuencia, todo cálculo de capital, se orienta cuando la adquisición se verifica a través del mercado o en él, por el regateo (lucha de precios y de competencia) y el compromiso de intereses." De hecho, la asignación de precios resulta de esa lucha: "Los precios en dinero son producto de lucha y compromiso; por tanto, resultados de constelación de poder." Por estas razones la asignación del precio cobra nuevos atributos como "medio de lucha y precio de lucha", por un medio que está además "vinculado socialmente a la 'disciplina de explotación' y a la apropiación de los medios de producción materiales, o sea a la existencia de una relación de dominación"²⁰. La competencia en la que se basa el funcionamiento del mercado conlleva una lógica de dominación y apropiación de la Naturaleza para ponerla al servicio de los procesos productivos. Los hombres están compelidos a competir entre ellos, incluso en el acceso a los recursos naturales. Esta es la "ética del carnicero" de la que hablaba Adam Smith.

La economía neoliberal no niega esto, concibiendo a la sociedad como un conjunto de individuos en continua competencia. El mercado es el mejor marco institucional para ordenar esa competencia, y allí se puede comprar la satisfacción de las preferencias individuales, y alcanzar así el bienestar personal. Consecuentemente, la Naturaleza tendrá un valor que dependerá de lo que las personas estén dispuestas a pagar por ella. El ordenamiento de la competencia en el mercado sólo es posible por medio de esa asignación de precios. Atendiendo a esto emerge una enorme dificultad, debido a que los componentes de la Naturaleza, tales como plantas y animales, son incapaces de articular sus preferencias mediante su disponibilidad a pagar. La Naturaleza no puede hablar, tampoco puede pagar, y se enfrenta a hombres compitiendo entre ellos por aprovechar más y más sus recursos.

Es que para el mercado, la Naturaleza sólo puede ser *objeto* de valor, en tanto sólo el hombre puede adjudicarle una valoración. Y esa asignación de valor cuando se realiza es, en la actualidad, un medio necesario para poder acceder a recursos indispensables para mantener los procesos productivos.

Esta postura, típica del ambientalismo neoliberal, niega la posibilidad de que la Naturaleza sea *sujeto* de valor. Esto es la posibilidad de que los

20) Los destaques son todos de Weber; véase el capítulo 2 de su "Economía y sociedad".

elementos naturales poseen valores propios o intrínsecos, independientes de la evaluación que de ella hacen los seres humanos. Las posturas neoconservadores concuerdan en este punto con los neoliberales.

Un problema análogo surge de considerar las generaciones humanas futuras. Esta preocupación se debe a que nuestros patrones de desarrollo posiblemente tengan consecuencias negativas en un futuro más allá de nuestras propias vidas. Sea por la explotación de recursos naturales que no son renovables, y que determinarán una mayor escasez futura, como por la emergencia de nuevas consecuencias negativas de procesos contaminantes, lo cierto es que nuestros hijos, nietos y demás descendientes, podrían enfrentar serios problemas que tienen su causas en el día de hoy. Sin embargo el mercado sólo atiende a las generaciones actuales, y quienes vendrán tampoco pueden articular sus preferencias.

Estas son dos serias limitaciones del mercado. Una respuesta a ellas, desde las perspectivas tradicionales de la economía, ha sido el reconocimiento de los llamados "valores de existencia" para los elementos naturales, y los "valores opción", que atienden a usos potenciales que puedan darse en el futuro.

Este tipo de respuestas a su vez poseen serias limitaciones. En efecto, el mayor problema no reside en la posibilidad de incluir esos valores, sino en la *forma* en que se lo hace (O'Neill, 1993). La representación de las futuras generaciones y de los no-humanos es totalmente precaria, en tanto no existen certidumbres sobre cuáles serán sus valoraciones, como tampoco existe certeza en la capacidad de las actuales generaciones de poder intuirlos, y distinguir entre las preferencias que las mayorías actualmente sustentan de aquellas que *deberían* sustentar. Cualquier solución a estos problemas ya violenta el mecanismo esencial de mercado de pago por las preferencias actuales.

Las preferencias que se otorgan están fatalmente atadas a las preferencias actuales, en tanto expresan las percepciones y valoraciones que se hacen hoy en día sobre la Naturaleza. Pero incluso atendiendo a todas ellas, debe admitirse que las preocupaciones ambientales no son necesariamente las de las mayorías. Las dificultades son enormes si se suma la intención de presumir las preferencias de las generaciones futuras sobre los temas ambientales. El aventurar las preferencias de nuestros bisnietos es totalmente arriesgado, y los márgenes de incertidumbre son extremadamente amplios

El problema es todavía más complejo para los no-humanos: ¿cuál es el precio del cóndor de los Andes?, ¿cuánto vale una hectárea de selva tropical?

Para la economía neoclásica y el ambientalismo neoliberal las diferentes formas de valoración son traducidas a una escala de preferencias, usualmente entendida como la disposición a pagar. La discusión se salda con la determinación de un precio a partir de lo que se puede obtener en el mercado por la venta de la madera o de algún otro producto.

Esto ha sido considerado como un gran avance, tal como se señaló arriba. Pero un examen más atento muestra varios problemas: ¿cómo determinar el "precio" del cóndor de los Andes como especie? o bien, ¿cómo determinar el valor de un ecosistema de selva tropical como conjunto, como totalidad, albergando miles de especies de plantas, animales y microorganismos?

Aún, si se considerara el precio que las personas estarían dispuestas a pagar, nos enfrentaríamos a diferentes formas de valoración. Por cierto que un conservacionista estaría dispuesto a pagar altas cifras por preservar una selva, un empresario maderero pagaría solamente por sus árboles, mientras otros, no estarían dispuestos a sacrificar ni un centavo de su dinero en algo que consideran irrelevante. Así sucesivamente, existen distintas posturas personales que pueden desembocar en distintas disposiciones a pagar.

A esta pluralidad de valores se suma otra limitante. El tipo de mercado proclamado por el neoliberalismo exige que cada parte articule sus preferencias. Pero los seres no-humanos no pueden hacerlo. Esto limita seriamente las capacidades del mercado para atenderlos, y a lo que se tiende es a inferir preferencias en su nombre. Los mismos problemas que se señalaron al considerar las generaciones futuras se repiten aquí, pero amplificados, en tanto se deben adivinar las preferencias de lo no-humano: ¿cuáles son las preferencias del cóndor de los Andes? Aunque hay propuestas para avanzar en esto, cualquiera de ellas exige apartarse de los mecanismos usuales del mercado²¹.

21) En este sentido Stone (1988) señala que se pueden presumir preferencias, especialmente en animales superiores. Los biólogos poseen información sobre los hábitats ocupados, alimentos preferidos, comportamientos, etc., de las especies, pudiendo delinearse un perfil para cada una de ellas. Stone señala que (p. 57) el "punto es, cuanto más podamos aproximarnos a esos interés, más fácilmente podremos otorgar Ventajas a las Nopersonas con la seguridad de que si necesitamos modificarlas, podremos 'compensarlas' de la misma manera que lo hacemos con las Personas." (mayúsculas de Stone)

Sea cual sea la solución, queda en claro que apelar a las preferencias en el mercado, el mecanismo básico del ambientalismo neoliberal, es totalmente insuficiente para una incorporación adecuada de la Naturaleza. También es inadecuado para establecer compensaciones: una compensación en dinero no necesariamente restituye ni recompensa un daño ecológico (una vez que se ha talado un árbol, pagar una multa de un dólar o una de un millón de dólares, no podrá acelerar el proceso de crecimiento del árbol puesto en su lugar).

La disponibilidad a pagar no puede ser el único procedimiento para valorar la Naturaleza. En efecto, frente a ella, los seres humanos despliegan una gran diversidad de marcos valorativos. Consideremos por ejemplo, los "valores ecológicos", dentro de los cuales a su vez se pueden distinguir varias escalas, tales como las que atenderán a la biodiversidad, y a su vez dentro de ellas las que ponen atención a la riqueza en especies (entendida como el número total de especies en un sitio), o la diversidad de especies (entendida como el número de especies pero vinculado a la abundancia de cada una de ellas)²², etc. A su vez, esos valores ecológicos se pueden relacionar a otros, como los geológicos, edafológicos, etc. Finalmente, existen otras categorías de valoración, como las paisajísticas, estéticas, históricas, religiosas, etc.

Resulta claro que existe una *pluralidad* de valores, además del económico, por los cuales se puede valorar el ambiente. Cada uno de ellos atiende a intereses, perspectivas y preocupaciones distintas. No son igualables, ni reductibles a una misma escala susceptible de cuantificación. No son reducibles a un precio, y a lo sumo, se podría intentar compararlos.

Esta pluralidad de valores nos lleva reconocer un segundo aspecto, que es la *inconmensurabilidad* de la Naturaleza. Reconocer esto es un punto clave para construir una política ambiental genuinamente conservacionista, y es a la vez un golpe mortal al ambientalismo neoliberal.

Esta idea de inconmensurabilidad fue propuesta por el economista Otto Neurath, hacia 1925, y nunca logró ser tomada en serio por sus colegas

22) Debe llamarse la atención que detrás del concepto de *biodiversidad*, hoy muy de moda, existen muy diferentes componentes, los que a su vez se evalúan de distinta manera. En efecto, la biodiversidad al englobar niveles genético-poblacionales, específicos, y ecosistémicos, pasa de metodologías típicas de la genética poblacional a las de la ecología de comunidades. La consulta del reciente libro de texto sobre conservación de Primack (1993) da una idea de la pluralidad de concepciones involucradas.

(Martínez Alier, 1992b). De hecho fue duramente criticada por F. Hayek en sus escritos de los años 30, y subsiguientes, englobándolo junto a otros en los totalitarios "ingenieros sociales" (Martínez Alier, 1992b). Hoy, más de medio siglo después, cobra más y más vigor el convencimiento de que el mercado no puede por sí mismo calcular precios ni evaluar daños ecológicos.

Se admita o no las limitaciones del mercado señaladas, estimo que todos deberían reconocer otro tipo de dificultades, originadas en que el mercado, operando bajo la "ética del carnicero" puede arribar a resultados catastróficos para las personas y el ambiente. Es que su propio mecanismo tolera que se pueda pagar por destruir. Distintos sectores de la población podrían estar dispuestos a pagar por consumir a costa de la Naturaleza. Esto ya sucede hoy, y los dos mejores ejemplos son el comercio ilegal en fauna y flora, y el narcotráfico. La venta ilícita de plantas y animales latinoamericanos, y sus productos, sigue en cuánta al tráfico de drogas y está asociado a éste, poniendo en peligro a no pocas especies²³. El comercio en cocaína está basado en extendidas plantaciones de coca en los países andinos. La expansión del cultivo, las consecuencias ecológicas negativas tanto de esa generalización, como las causadas por los intentos de erradicarlos, son vastas. Pero lo cierto es que en uno y otro caso están operando las más puras leyes del mercado, una completa liberalización, donde la demanda sustentada desde el Norte mantiene estos ciclos productivos. Esta sería una situación neoliberal casi perfecta, dependiente de la oferta-demanda, y ciega a cualquier consideración ética y ecológica. La asignación de precios está basada en la disponibilidad a pagar, y sobre ella se acienta la explotación de la Naturaleza²⁴.

Finalmente, más allá de estas serias limitaciones que apuntan a las bases conceptuales del mercado, existen otras, ligadas sobre todo a sus aspectos prácticos, y que están siendo reconocidas en la actualidad. Particularmente la

23) Se ofrecen en el mercado animales como mascotas (especialmente monos, loros y papagayos), pieles (felinos, cocodrilos, etc.), plantas como adornos (por ejemplo, tunas y orquídeas), y muchas otras especies.

24) Los aspectos ecológico-éticos del cultivo de coca en los países andinos revelan la complejidad de esta temática, y su clara vinculación con el drama de la pobreza. Debe hacerse notar que todo esto se complica aún más cuando asoma evidencia de que los cultivos de coca poseen algunas consecuencias ecológicas positivas. Puede consultarse el informe del Instituto Panos (1990), la revisión de Mansilla (1994), y el estudio ecológico de CEEDI-LIDEMA (1990).

ineficiencia del mercado en atender a ciertas demandas sociales (educación, salud, seguridad social, etc.) han sido señaladas por varios estudios. No corresponde en esta obra ahondar en ello, pero sí dejar planteado el hecho.

La imposibilidad ecológica del crecimiento económico sostenido

El propósito del ambientalismo neoliberal al ingresar la Naturaleza al mercado es mantener y potenciar el crecimiento económico. Una meta común a la esencia del capitalismo, y característica de la ideología del progreso.

Sin embargo, un análisis ecológico de ese objetivo demuestra que *no* es posible. Quienes sustentan la posibilidad del crecimiento económico expansivo parten de modelos originados en la economía tradicional, la que minimiza los componentes ambientales. Olvidan que en realidad, los procesos productivos están insertos en interacciones con el ambiente. Se desenvuelven relaciones recíprocas, donde se extraen recursos naturales, así como se depositan en él desechos y desperdicios.

Consideremos un sector productivo como ejemplo. Debemos reconocer que toda la riqueza agropecuaria latinoamericana depende de la Naturaleza. La superficie de los campos destinables al pastoreo de los ganados es limitada (alrededor de 546 millones de hás), también la de los terrenos dedicables a la agricultura (alrededor de 736 millones de hás) (Gallopín *et al.*, 1991). Resulta evidente de estos datos, que existen límites en la disponibilidad de recursos sobre los cuáles expandir la producción agropecuaria. Por esto, un crecimiento sostenido, continuo, no es posible.

De hecho el concepto de sustentabilidad, que alentaría las primeras ideas sobre el desarrollo sustentable, surgió de las propuestas para las pesquerías y forestales, donde se postulaba que la extracción de los recursos no podía superar el ritmo con que plantas o animales se reproducían.

Los postulados económicos que proclaman ese crecimiento continuado han olvidado estos aspectos ambientales. Incluso si se defiende que la expansión económica de la región puede continuar en base al comercio exterior, esto también olvida que toda la biósfera, el ecosistema mayor de la Tierra, es *finito*. Existen recursos naturales que están muy limitados, como el petróleo; otros recursos naturales se renuevan lentamente, como los bosques; y finalmente, las

capacidades ecológicas de absorber y amortiguar impactos y desechos es también limitada²⁵. Por estas razones el concepto de límite es central para cualquier propuesta de desarrollo en una escala ecológica, y es algo que el ambientalismo neoliberal no resuelve.

Se puede retrucar que es posible mejorar la extracción de los recursos naturales, por ejemplo aumentando la productividad en algunos cultivos, y que de esta manera se promovería el crecimiento económico. Pero lo cierto es que la agricultura tradicional lo que hace realmente es reducir la eficiencia energética con la que los ecosistemas convierten la energía del Sol en materia orgánica aprovechable. Ese pretendido aumento de eficiencia es en realidad un aumento en la energía que puede capturar hombre (como ganados o cosechas), pero a costa de mayores pérdidas en el ecosistema como una totalidad. Esto sucede cuando se convierte un ecosistema natural, usualmente más eficiente (desde el punto de vista energético), en una tierra de cultivo (menos eficiente).

Por más que el hombre manipule los flujos de energía y materia en un ecosistema, se enfrenta a que las plantas poseen un *límite fotosintético* en la generación de materia orgánica, lo que condiciona sus ritmos de crecimiento, y con ello también se limita a los ganados que se alimentan de ellas. De esta manera, en los sistemas ecológicos, los recursos de que disponen los seres vivos están limitados, y por ello sólo pueden sostener acotadas poblaciones de animales o plantas. Esta es la *capacidad de carga* de los ecosistemas. Todo esto limita la extracción de recursos desde la Naturaleza y dejan en claro la imposibilidad de un aumento sostenido en esa extracción (Daly, 1990a,b; Nixon, 1993).

Otra postura, que busca evadir esto, señala que ese crecimiento económico debería apoyarse en la expansión del sector servicios, supuestamente carente de impactos ambientales. Quienes la sustentan reconocen que el sector primario, en particular la agropecuaria, y también el sector secundario, de las industrias, tienen altos impactos, pero que eso no sucedería con los servicios, por ejemplo los bancos. Es más, sostienen que las economías modernas están creciendo sobre todo en ese aspecto --la tercerización. Sin embargo los servicios

25) Estos hechos fueron tempranamente reconocidos en 1972 en la ya clásica obra sobre los límites al crecimiento preparada por el equipo de Donella Meadows, del MIT, para el Club de Roma (el primero de ellos es el libro de Meadows y colab., 1972; al que siguió uno publicado al tiempo de la Eco'92 por Meadows y colab., donde se insiste en la misma visión). Una discusión ajustada sobre estos aspectos es presentada por Daly (1990).

tienen igualmente impactos ambientales. Se consume más energía, la fabricación de equipos (como las computadoras) son contaminantes, se generan desperdicios, etc.

También es necesario señalar que el aumento de las actividades económicas siempre trae aparejados más impactos ambientales. En el estado actual de la tecnología, esa expansión, en su balance significa generar más desperdicios, contaminación mayor, y consumir más energía.

Finalmente, otro aspecto que limita la posibilidad de un crecimiento continuo es la capacidad de los ecosistemas en asimilar impactos ambientales sin ser alterados. Las capacidad de amortiguación y absorción de contaminantes, destrucción de ecosistemas, o remoción de especies, es limitada. Algunos ecosistemas, como las selvas tropicales o los arrecifes de corales son considerados frágiles, y es incierto si una vez que se produce una alteración, el ambiente puede volver a su situación original²⁶.

La erosión de una ecología política

El neoliberalismo ambiental también tiene importantes consecuencias en el ámbito de la ecología política en particular, y en el de la política en sentido amplio. Su énfasis en el mercado como *la* institución social, erosiona la posibilidad de construir una política ambiental. Asimismo, su apelación a comportamientos individualistas, en busca del beneficio propio, y que rechaza la ética, potencia el debilitamiento de toda la política como praxis colectiva.

Los procedimientos técnicos típicos del mercado, como el análisis de costo-beneficio, no son un foro para la discusión pública. Son un complemento al mercado que busca recrear lo que se considera un "mercado ideal". Estas herramientas, basadas en una econometría, terminan generando "políticas sin

26) Debe reconocerse que bajo ciertas circunstancias, y para algunos rubros, puede ser necesario el crecimiento económico, e incluso existir actividades donde su aumento progresivo no desencadene impactos ambientales negativos (Jacobs, 1991). Por ejemplo, la creación y expansión de servicios ambientales, como las instalaciones de plantas de descontaminación, la reconversión energética, etc., pueden dinamizar un sector económico, con excelentes consecuencias para el ambiente local. Otros ejemplos muestran circunstancias donde el crecimiento económico no necesariamente desencadene mayores impactos ambientales. Por ejemplo, el acceso a nuevas tecnologías más eficientes en el uso de la energía.

debate", tal como señala O'Neill (1993). Este autor apunta acertadamente que si las concepciones del bien común "no tienen un lugar en la justificación de la política pública, entonces la política se convierte en un método de agregación de cualquier ideal que pasen a tener las personas, sin discutir o juzgar esos ideales", y agrega que si estos son tratados como deseos o preferencias, la "política se convierte entonces en un ámbito subrogado del mercado donde los argumentos normativos sustantivos son irrelevantes. El análisis de costo-beneficio provee el más claro ejemplo de ese tipo de racionalidad técnicamente concebida. Si la política es el foro que incluye los argumentos racionales sobre los fines, entonces la neutralidad cae." (p 93-94).

En la base de esto está que el neoliberalismo no concibe ciudadanos sino consumidores. Con esta confusión aumenta las dificultades en generar una política ambiental. Es precisamente como ciudadano donde las personas se interesan en las cuestiones públicas que hacen a los temas de su país, mientras que cuando actúan como consumidores sólo buscan alcanzar el mejor provecho, por ejemplo comprando un bien al menor precio posible. Esta distinción crítica para las políticas ambientales, entre el *ciudadano* y el *consumidor*, fue realizada por M. Sagoff hace ya varios años (1988)²⁷. Es que desde el mercado no se puede intentar una regulación de la vida social, un fatal error en el que cae el neoliberalismo (y que podría ser considerada su "fatal arrogancia").

El énfasis mercantil hace que las relaciones sociales en el ámbito público político se erosionen y reduzcan, y así se contribuye al proceso de despolitización y descreimiento que se vive en varios países. Esto se expresa no sólo por el debilitamiento de las vinculaciones a los partidos políticos tradicionales, sino también en dejar en entredicho la legitimidad del Estado y de la práctica política que lo sustenta. El ámbito público parece reducirse al mercado.

La destrucción de la política, en su más amplio sentido, tiene graves consecuencias. Apuntando a las referidas al terreno ecológico, si no existe un escenario político donde discutir colectivamente, nunca podrá construirse una política ambiental. Aunque resulte obvio debe tenerse presente que *sin* política

27) Sagoff (1988) sostiene que a nivel ciudadano se discuten valores con los que una comunidad se expresa en los procesos políticos, lo que es distinto de las preferencias de beneficio personal que se buscan satisfacer en el mercado como consumidor. Esa diferencia está en la lógica con que se actúa, en tanto en la primera predomina el "nosotros" que pone atención a los intereses colectivos, mientras que en el mercado se atiende al "yo" del provecho individual.

no hay política ambiental -algo que a pesar de ser evidente, muchos parecen olvidar actualmente.

El pobre desempeño de los gobiernos en solucionar los problemas ambientales contribuye a este estado de cosas. No sólo las soluciones son escasas, sino que de las pocas que se intentan, muchas son inadecuadas. Los gobiernos parecen más interesados en medidas de encauzar y controlar los movimientos ambientalistas, por sus constantes críticas a su gestión. Así, en América Latina, se ha apelado a los registros de ONGs, las normas para elevar reclamos, los actos de mediaciones, etc. Para muchos estas fallas de los gobiernos expresan en realidad una incapacidad propia del Estado, y de allí, concluyen censurando todo el ámbito político.

Incluso algunos movimientos alternativos pueden a su vez estar haciendo el juego a estas aproximaciones neoliberales. Esto es particularmente cierto para algunos grupos con tendencias anarquistas y libertarias, que con sus críticas fuertes al papel del Estado y de la política convencional, hacen el juego de los neoliberales que destruyen la dimensión del accionar colectivo de las personas.

Se suman y potencian de esta manera distintos cuestionamientos al Estado, resultando en que importantes sectores sociales ponen en entredicho de sí realmente los políticos atienden al bien común.

De esta manera, los gobiernos, carentes de apoyos ciudadanos diversificados y plurales, quedan más y más indemnes ante las presiones de unos pocos grupos con poder económico, más interesados en provechos rápidos que en la conservación del ambiente, y se genera así un círculo vicioso del que es difícil escapar. Carente de apoyo popular, el Estado posee márgenes de negociación cada vez menores frente a los grupos de interés. Incapaz de medidas profundas, los gobiernos tratan de responder a la crítica ambientalista con medidas del gesto y la publicidad: campañas de educación ambiental, difusión de posters y adhesivos. La ciudadanía percibe estas fallas, aumentando su descreimiento en los políticos, y potenciándose así ese círculo vicioso²⁸.

28) La constitución de una corporación "ambiental", análoga a una cámara empresarial, no parece ser una respuesta aconsejable. Obliga al ambientalismo a utilizar mecanismos cerrados de discusión y acuerdo, que no solucionan el problema de fondo, y que violentan su propio espíritu de apertura, transparencia y participación.

La política del gesto puede ser un hecho comprensible, aunque no compatible, toda vez que es más fácil financiar una campaña publicitaria para referirse vagamente a la "salvación del planeta", que a los problemas ambientales concretos. No en vano, muchos jefes gubernamentales de los países latinoamericanos hablan mucho más sobre el efecto invernadero y la reducción del ozono, que sobre las responsabilidades que caben a algunas fábricas de sus ciudades. Lo primero mueve a simpatías, lo segundo despertaría resistencias.

En ese círculo vicioso, se erosiona continuamente el ámbito público político, y el Estado puede alcanzar tal grado de raquitismo que deja de servir al interés general, abriéndose las puertas a las incursiones de neoprofetías, calificadas de "outsiders" que agudizan aún más el descreimiento, poniendo en riesgo a la misma democracia.

Finalmente, toda esta situación abona un sentimiento más generalizado y difuso que está destruyendo la idea misma de la posibilidad de cambio (Hinkelammert, 1991). Los sueños compartidos y las utopías están languideciendo en el imaginario colectivo. La búsqueda de alternativas, los empujes para superar límites están seriamente dañados cuando las utopías no son tomadas en serio. Este es un cambio más profundo, mucho más que el de las modificaciones políticas y económicas que proponen los neoliberales. En la ausencia de una visión alternativa, los caminos a las posturas mesiánicas y dogmáticas están abiertos.

La gestión de una política ambiental implica, por su propia naturaleza, cambios y alternativas. Si se destruye el escenario colectivo para su discusión política, y si además de ello, se ataca la misma posibilidad de pensar en los cambios, las posibilidades de gestar una política ambiental son realmente pocas.

RECUPERACION DE ALTERNATIVAS

El reduccionismo del ambientalismo neoliberal plantea varios desafíos para aquellos preocupados en la conservación de la Naturaleza y en un verdadero desarrollo sustentable. Es importante advertir el riesgo de que algunas de sus herramientas pueden ser tomadas ingenuamente, en tanto buscan atacar los problemas ambientales. Esto sucede hoy en día, y explica en parte el hecho de que no pocos sectores tomen algunas propuestas neoliberales en un desesperado intento de enfrentar la crisis ambiental. Pero la aplicación de estas herramientas puede, a la larga, potenciar un tipo de desarrollo, y un tipo de sociedad, la neoliberal, que hoy ya pocos aceptarían. La apropiación acrítica de herramientas de gestión es uno de los serios problemas que hoy se enfrenta en la construcción de una política ambiental. Otros, en cambio están decididamente convencidos de la bondad de esta perspectiva, y aspiran a ejecutarla aún más profundamente, en un pretendido beneficio para la sociedad y la economía.

Por todas estas razones es necesario buscar nuevos marcos, nuevas visiones, y borradores utópicos en los que desarrollar políticas ambientales.

Esa posibilidad existe y los márgenes de opción son más amplios de lo que se supone. Incluso dentro de una organización capitalista existen varias posibilidades que representan alternativas distintas a la neoliberal, y por ello, diferentes visiones de una política ambiental. La misma presencia de este amplio abanico de opciones es a su vez la demostración de la falacia de otra de las aceveraciones de los nuevos ambientalistas del libre mercado: que sus ideas son la única posibilidad.

Una primera confrontación puede surgir de enfrentar la organización capitalista a la organización que se deriva de la teoría marxista. De hecho, sigue siendo común que cada vez que se critique al capitalismo, en lugar de contestar a los cuestionamientos, se denuncien fantasmas de un marxismo escondido. Si bien la ideas de Marx son importantes en la crítica social al capitalismo, allí no

hay una crítica ecológica. En sus escritos no hay una formulación ecológica explícita, y como advierten Martínez Alier y Schlüpmann (1991) el *"punto de vista ecológico de las condiciones de la existencia humana podría haberse conectado con el marxismo mediante una adecuada definición del concepto de 'fuerzas productivas', dándole así una clara referencia empírica. Esto no lo hizo Marx. A pesar de la semejanza entre un enfoque ecológico y uno en términos de 'reproducción' del sistema social, ha habido desde un principio un divorcio entre marxismo y ecología ..."*.

Ese divorcio se ha mantenido durante décadas, y las expresiones políticas que se autodenominaron heredadas del marxismo, han estado igualmente obsesionadas con el crecimiento económico y distanciadas del ambiente. Sólo en los últimos años han surgido algunos intentos de resolver ese problema, siendo los más destacados los de Enrique Leff desde México (por ejemplo, 1986), E. Altvater (1993) en Alemania y James O'Connor desde los Estados Unidos. Este último autor, calificable como un neo-marxista es también animador de un grupo internacional en ecología socialista, desde el que intenta superar las limitaciones del marxismo. Esa corriente debería, por lo menos, redefinir sus conceptos de fuerzas productivas y condiciones de producción. En esa línea, O'Connor concibe una "segunda contradicción del capitalismo", como aquella debida a *"la apropiación y el uso autodestructivo por el capitalismo de la fuerza de trabajo, del espacio y la infraestructura urbana, y de la naturaleza o el medio ambiente externo"* (O'Connor, 1992)²⁹. Sin embargo, una revisión profunda posiblemente cambiaría el marxismo hasta tal grado que ya dejaría de serlo tal cual ha sido tradicionalmente concebido.

Más allá de esto, ha existido una amplia gama de pensadores que han dado los primeros pasos en la búsqueda de esas alternativas. Una línea de aportes proviene de una confluencia con el movimiento libertario. Un expositor cercano a América Latina es el catalán J. Martínez-Alier, quien proclama un ecologismo popular, basado en la visión del uso de los recursos naturales sostenida por los sectores populares, en particular indígenas y campesinos. Sus posturas analizan las vinculaciones con las políticas de desarrollo, y consideran el papel de los bienes comunes y el control colectivo sobre los recursos

29) En la versión de O'Connor de esta segunda contradicción, no existe ningún elemento central, de donde puede acoger en su seno a una pluralidad de manifestaciones sociales. El acento está en las dificultades en producir el plusvalor, por los problemas frente a la fuerza de trabajo y el ambiente (véase también O'Connor, 1990, como complemento). Sus tesis no son unánimemente aceptadas (por ejemplo, véase la crítica de Altvater, 1993).

naturales (Martínez-Alier, 1992a). En una línea más radical y contestataria deben mencionarse la variada producción de Murray Bookchin, con sus tempranas indicaciones de contradicciones ecológicas en el capitalismo, el delinear sobre todo los aspectos filosóficos de una ecología social, y desde allí bosquejar una sociedad ecológica (por ejemplo, Bookchin, 1978 y 1990). Finalmente, no puede obviarse las agudas y sostenidas críticas de A. Gorz al sistema capitalista desde hace por lo menos veinte años (por ejemplo, Gorz, 1980).

Otras aproximaciones apuntan a abandonar el apego por el crecimiento contínuo, y pasar a una economía del "estado estacionario", apoyada en la estabilización de la población y la reducción de la producción de artefactos, de manera de disminuir el impacto sobre la Naturaleza, sea por la apropiación de recursos naturales, como por la contaminación. Medidas de este tipo, si bien no renuncian al mercado, contemplan una serie de intervenciones estatales que las aproxima a una visión keynessiana. El caso más claro de la economía del estado estacionario es el presentado por Herman Daly (por ejemplo, 1989).

En ese mismo sentido, hay quienes apelan a un reformismo tecnocrático moderado, y la promoción de un nuevo sector ambiental con la potencialidad tecnológica de "limpiar" la biósfera y generar una nueva industria de bajo impacto ambiental, más una batería de herramientas tributarias para contrarrestar un capitalismo mercantilista desenfrenado. Entre sus exponentes pueden mencionarse a Lester Brown, el animador del Worldwatch Institute de los EE.UU. (por ejemplo, Brown, Flavin y Postel, 1992).

Estos ejemplos demuestran que hay opciones. Su enumeración, a manera de ilustración, y que no agota la temática, deja en claro que es posible elaborar marcos distintos a los actualmente generalizados.

En tanto existen varios caminos a seguir es importante, como primer paso, delinear una manera de encarar esa ruta. Aquí se seguirá el de la ecología social; ya lo fue hecho a lo largo del estudio crítico, en tanto indispensable para una crítica ideológica, pero también se la aplicará en la delineación de borradores utópicos. Los aportes destacados de la ecología social ³⁰ están en enfatizar el compromiso ético con la vida para analizar las relaciones humano-

30) Los latinoamericanos y caribeños interesados pueden acceder a la Red Latino Americana y Caribeña de Ecología Social (coordinación general: Casilla Correo 13000, 11700 Montevideo, Uruguay; coordinación para Centroamérica, México y el Caribe: Grupo Ambiental Habitat, Apartado Postal 21886, Santo Domingo, República Dominicana).

ambientales. Desde allí se busca recuperar además una perspectiva utópica, tanto en su aporte para permitir una crítica ideológica, como para presentar borradores de alternativas (siguiendo los aportes de Ricoeur señalados antes). La ecología social estudia las relaciones de los seres humanos con sus sistemas ambientales, llamando la atención de la integridad de las dimensiones sociales y ambientales. Una y otra no pueden ser consideradas separadamente.

Teniendo en cuenta estas y otras alternativas actualmente en discusión, emergen una serie de puntos claves desde donde pensar y actuar en la exploración de nuevas opciones para generar políticas ambientales distintas al neoliberalismo. Sus líneas básicas transitan por la recuperación de un fuerte compromiso ético con la vida, el fortalecimiento de la política, tanto en algunos aspectos a nivel del Estado, pero también a instituciones de la sociedad civil independientes de éste, y que asimismo sean autónomas del mercado. Consideremos seguidamente estos puntos destacados.

Desarrollo a escala humana y ecológica

El desarrollo debe ser desvinculado de una sinonimización enfermiza con el crecimiento económico. Enfatizar que el desarrollo es distinto de crecimiento es un importante punto de partida. El primero se refiere a la realización de potencialidades, en el sentido de ser mejor, de perfeccionarse. Crecer, por el contrario, sólo indica un aumento en el tamaño, la adición de nueva materia. Este último es cualitativo, mientras que el otro es cuantitativo.

Al igual que el ser humano, que durante una etapa crece, pero una vez que ha dejado de hacerlo puede seguir desarrollándose, bajo cero crecimiento económico igualmente puede existir un desarrollo.

Esta diferencia de perspectiva ya marca la posibilidad de ordenar y planear de manera totalmente distinta los estilos de desarrollo. Sería posible enfocarlos en la calidad de vida, y el bienestar de las personas, y no en la mera producción de objetos. La conservación de la Naturaleza debe ser parte del desarrollo, un punto en el que hay unanimidad. Pero esa conservación debe estar al servicio del entorno, con el objetivo primordial de mantener los procesos ecológicos y la biodiversidad. El punto de partida está en la autosustentabilidad de los sistemas ecológicos, y no en el mantenimiento de los procesos productivos. Consecuentemente se debe dar todo un nuevo significado

al mercado, más acotado, y atendiendo a los límites ecológicos impuestos por la biósfera.

Resignificar el mercado

El mercado es insuficiente para muchas cosas, entre ellas crear una robusta política ambiental. Esta es una certidumbre que se está generalizando más y más. Un ejemplo muy ilustrativo son las recientes declaraciones de Michel Rocard (1992), sobre lo que califica "uno de los mayores problemas" actuales, el ambiente, y agrega: *"No podemos producir sin contaminar, este es un hecho irrefutable. Pero cuando vemos los resultados acumulados de la contaminación anterior, descubrimos que el daño es tremendo. ¿Con qué autoridad podemos imponer costosas medidas para conservar el medio ambiente? Evidentemente no puede hacerse siguiendo las leyes del mercado; tenemos que apelar a valores distintos, como el respeto por la vida, por cualquier clase de vida, e incluso a una proyección de este respeto hacia el futuro. La humanidad tiene que ser capaz de proteger y conservar el medio ambiente, no sólo pensando en sí misma, sino también en las generaciones venideras. Estamos ante un nuevo derecho humano, o más bien ante una nueva forma de entender los derechos humanos: su proyección hacia el futuro. Esta responsabilidad para con el futuro nos permite responder (a la) pregunta sobre la distribución de los bienes. Hay bienes (medio ambiente, sanidad, educación) que conciernen al futuro, y no podemos emplearlos a nuestro antojo. Estos bienes son precisamente los que exigen estrictas medidas y prohibiciones, así como gastos que las leyes del mercado no pueden justificar por sí solas."*

Reconocer las insuficiencias del mercado, exige reformarlo, pero también comprender sus límites, para trascenderlos, y crear instancias que le sean independientes, y en las que ya existen, actuar para potenciarlas. No se pretende una eliminación del mercado, sino su resignificación. Desde ese punto de partida hay muchas expresiones sociales que son importantes. Instancias de ese tipo pueden incluir agrupamientos muy diversos, como una comisión barrial, un equipo de fútbol local, una asociación profesional, movimientos sociales, como el indígena, campesino, o los nuevos movimientos sociales (feminista, indígena). También pueden tener su papel sectores de movimientos estructurados como el sindical o las iglesias.

Comprender esto ya abre nuevos frentes para el debate y la reflexión, que van desde los derechos humanos, la justicia social, al mismo concepto de desarrollo. De la misma manera, todo el proceso de valoración del entorno, de

la vida no humana, y de las propias vidas humanas, debe recoger una pluralidad de opciones, y explorar más detenidamente una categoría que explora la inconmensurabilidad de la Naturaleza.

Reconstruir la política

Una nueva relación con la Naturaleza es esencialmente una actividad política, en sentido amplio. Por eso, la construcción de un política ambiental debe servir a fortalecer *todo* el ámbito político. La praxis del movimiento ambientalista ya es de por sí política, más allá de que se desarrolle en gran medida independientemente del Estado. Ella es un ejemplo de que, aún en tiempos de indiferencia y egoísmo, existen expresiones de singularidad y solidaridad. Es fundamental mantenerla, pero hacerla explícita, para que se multiplique, y para que los políticos de viejo cuño comprendan eso, y en vez de oponérsele, se sumen.

Invocar propósitos como la "autonomía de los sectores populares", "fortalecimiento de la sociedad civil", u otros rótulos semejantes, no es suficiente, porque podría hacer el juego al neoliberalismo o a intentonas dogmáticas de cuño autoritario. Este propósito requiere pensar y generar aquellas instancias colectivas, de discusión, de manejo de los consensos y disensos, que permitan la acción colectiva, la vida social, entrelazados y en solidaridad unos con otros. No en vano uno de los grandes componentes del descreimiento generalizado se debe a desacuerdos que son vividos como exclusiones por quienes lo sufren. Por esta razón se debería prestar mucha atención a los procedimientos que permitan llegar a decisiones por mayorías de manera de manejar adecuadamente el disenso, especialmente humanizándolo.

Para el ambientalismo en particular esto exige vinculaciones todavía más estrechas y profundas con varios movimientos sociales. Incluso es también importante abordar esa "vieja" política, asociada a los partidos políticos tradicionales, renovándola y reconstruyéndola. La crítica al Estado en realidad expresa un cuestionamiento a los gobiernos centrales. Pero poco se ha avanzado en otros ámbitos pocos conocidos, como el Poder Legislativo o el Judicial. Existen tareas concretas en ese sentido, como el fortalecimiento de la gestión parlamentaria, el vigorizar la acción a nivel de los municipios, coparticipar en distintas formas de gestión ciudadana, etc.

Asimismo, se debe trabajar la distinción entre "ciudadano" y "consumidor", y las inciertas vinculaciones y separaciones entre política y

economía. Es la política de los ciudadanos, en el sentido señalado en el capítulo anterior, la que debe marcar la guía de la economía (y no a la inversa, como es la generalidad creciente en nuestro continente).

Finalmente, debe reconocerse que la perspectiva ecológica aislada, sin otras mediaciones, no logrará desencadenar un nuevo desarrollo alternativo. Por ello mismo es necesario el concurso de amplios sectores sociales ³¹.

Esta recuperación de la praxis políticas no significa reducirla a los partidos políticos y el gobierno. Por el contrario, el ambientalismo siempre ha buscado su independencia del Estado, sin que esto a su vez implique negarlo como un todo. Por ejemplo, aunque deben criticarse a los gobiernos por sus faltas, esto no puede convertirse en una declaración de apoyo a la propuesta neoliberal que destruya todo el Estado. Una crítica seria del Estado, del papel del gobierno, y de los partidos políticos, no significa su anulación, sino que debe promover su reconstrucción.

En ese repensar el Estado es bueno explorar como un Ministerio o Secretaría del Ambiente, puedan servir efectivamente a conservar la Naturaleza, y dejar de tener como propósito fundamental fortalecer el mercado.

También deben explorarse instancias independientes del Estado, así como se señaló esa misma independencia del mercado. Los mismos movimientos sociales apuntados arriba construyen los escenarios y mediaciones para alcanzar eso. Pero esa independencia del Estado no significa que el ambientalismo, u

31) O'Neill (1993) presenta un problema particularmente acuciante cuando advierte que vastos sectores de la población pueden preferir, por ejemplo, tener una Disneylandia a un baño natural. Debe reconocerse que las posturas de las mayorías no son necesariamente sinónimos de una visión conservacionista. En respuesta a ese problema defiende una postura *elitista*, en el sentido de que sostiene que algunos juicios son mejores que otros, por ejemplo los de un biólogo conservacionista sobre los de un economista empresario. O'Neill sostiene que debería dársele prioridad a aquellos que se supone poseen un conocimiento superior. Su argumento en realidad demuestra la necesidad de un ámbito político de discusión de la gestión ambiental, pero no justifica la supremacía de unos argumentos sobre otros. En primer lugar es necesario señalar que no existe esa pretendida superioridad técnica. Si bien es cierto que el apoyo científico es crítico para descubrir problemas ambientales y hacerlos públicos, también se han dado apoyos técnicos a posturas que los niegan o minimizan. Debe reconocerse que se ha difundido una postura escéptica ante los informes técnicos asociados a posiciones de poder político o económico. Se confía más en la opinión técnica de una ONG ambientalista que advierte sobre un problema de contaminación, que en el informe técnico del ministerio que lo niega. En segundo lugar, la diversidad de posturas éticas y científicas, y su contextualización social, requieren de una discusión colectiva, lo que las hace por lo tanto políticas.

otros movimientos sociales, dejen de participar en algunas instancias conjuntas, y aún en formas de co-gestión.

Ética ambiental

En la base de todas estas alternativas está la ética. La recuperación de una dimensión ética, y la generación de una ética ambiental, marcan una perspectiva de pensamiento muy distinta a la propuesta neoliberal. Hoy la reflexión ética casi ha desaparecido aplastada bajo las apelaciones al neutralismo y la confusión entre el dogmatismo ético con la ética en sí misma.

Existe posibilidad de potenciar una discusión ética, la que ya es evidente en distintos campos, tanto académicos como en la propia praxis de los movimientos ciudadanos. De una u otra manera este nuevo basamento ético parte de reconocer que el florecimiento de la vida, tanto humana como no-humana, es un valor en sí mismo. En este sentido, como señalan los animadores de la ecología profunda promovida por el filósofo noruego Arne Naess (por ejemplo, 1989), este valor es independiente del valor de uso o de cambio que el hombre les pueda dar a los elementos de la Naturaleza.

A partir de una ética de la vida parece necesario re-pensar las relaciones del ser humano con la Naturaleza, y desde allí la de los actuales sistemas de producción en la apropiación y uso que hacen de los recursos naturales. Algunos de los nuevos conceptos y herramientas que se proponen desde la nueva economía ecológica son útiles. Incluso varios de las aquí criticadas, puestas en otros contextos, también podrían resultar útiles.

De la misma manera, esa perspectiva implica recuperar el concepto de justicia, tanto en la esfera social como la ecológica. El neoliberalismo reniega de la justicia social, de donde es casi imposible construir desde ese terreno una justicia ecológica. Sin embargo, la construcción de un desarrollo a escala humana y ecológica permite descubrir la gran importancia de la justicia social, y con ella, de una justicia ecológica ³².

Una nueva relación con la Naturaleza también pasa por profundos cambios a nivel individual, interesando a la subjetividad y psicología que mantienen los vínculos con lo que nos rodea. La posibilidad de una utopía

32) Algunos puntos en esta temática han sido discutidos con Nelson Villarreal; un adelanto de algunos resultados se presenta en Gudynas y Villarreal (1994).

ecológica descansa no sólo en dotar de nuevos valores a las relaciones con el ambiente, sino también en crear nuevos tipos de vinculaciones. El vibrar con el viento y el agua de las laderas de nuestras montañas, sentir las hierbas y los árboles, escuchar el sonido de los animales, no como mero espectador, sino como otro participante que intenta comprender sus significados más ocultos.

AGRADECIMIENTOS

El presente estudio fue iniciado y finalizado en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES). Una primera versión fue publicada en la revista *Multiversidad* (1993, Montevideo), y otra aún más resumida en la revista *Tierra Amiga* (1994, Montevideo). Algunos elementos fueron presentados en el panel organizado por CEBEM el 13 de Octubre de 1994, sobre "Medioambiente, neoliberalismo y políticas públicas" (La Paz, Bolivia), donde participó el autor junto a H.C.F. Mansilla (Bolivia) y J. Vergara (Chile). Estoy agradecido a José Blanes y Felipe Mansilla por haber acogido este ensayo en la serie de publicaciones del CEBEM.

BIBLIOGRAFIA

- Iltvater, E. 1993. *The future of the market. An essay on the regulation of money and nature after the collapse of 'actually existing socialism'*. Verso, Londres.
- Anderson, T.L. 1992. El mercado y las amenidades del medio ambiente. *Estudios Públicos*, Santiago, 45: 147-174.
- Anderson, T.L. y D.R. Leal. 1991. *Free market environmentalism*. Pacific Research Institute for Public Policy y Westview Press, Boulder.
- Assmann, H. y F.J. Hinkelammert. 1989. *A idolatria do mercado*. Vozes, Petrópolis.
- Baden, J. y R.L. Stroup. 1992. *Escassez de recursos naturais, empresariado e a política econômica da esperança*, pp 159-188, En: "Economía e meio ambiente: a reconciliação", Instituto Estudos Empresariais y Ortiz, Porto Alegre.
- Barkin, D. 1991. State control of the environment: politics and degradation in Mexico. *Capitalism, Nature, Socialism*, 2(1): 86-108.
- Baumol, W.J. y W.E. Oates. 1988. *The theory of environmental policy*. Cambridge Univ. Press, Cambridge.
- Block, W.E. 1992. *Problemas ambientais, soluções de direitos sobre a propriedade privada*, pp 221-277, En: "Economía e meio ambiente: a reconciliação", Instituto Estudos Empresariais y Ortiz, Porto Alegre.
- Bookchin, M. 1978. *Por una sociedad ecológica*. G. Gili, Barcelona.
- Bookchin, M. 1990. *The philosophy of social ecology*. Black Rose Books, Montréal.
- Borrero Navia, J.M. 1994. *La deuda ecológica. Testimonio de una reflexión*. FIPMA y CELA, Cali.
- Botkin, D.B. 1990. *Discordant harmonies. A new ecology for the 21st century*. Oxford Univ. Press, New York.
- Brown, J.W. (ed.) 1990. *In the US interest*. World Resources Institute y Westview Press, Boulder.
- Brown, L.R., C. Flavin y S. Postel. 1992. *La salvación del planeta. Cómo luchar por un mundo nuevo*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Brugger, E. y E. Lizano. 1992. *Desarrollo Sostenible en América Latina: hacia la utopía necesaria*, pp 21-42, En: "Eco-eficiencia", Oveja Negra y Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible, Bogotá.
- CEEDI-LIDEMA. 1990. *Evaluación ecológica del cultivo de la coca en los Yungas de La Paz*. CEEDI-LIDEMA, La Paz.
- CEPAL. 1990. *Transformación productiva con equidad*. CEPAL, Santiago de Chile.

- CEPAL. 1991. *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente*. CEPAL, Santiago de Chile.
- Cereceda, L.E. y G. Wormald. 1991. Privatization of the sea for seaweed production in Chile. *Nature & Resources* 27(4): 31-37.
- CMMAD. 1988. *Nuestro futuro común*. Alianza Editorial, Madrid.
- Costanza, R. (ed.) 1991. *Ecological economics*. Columbia Univ. Press, New York.
- Costanza, R. y H.E. Daly. 1992. Natural capital and sustainable development. *Conservation Biology* 6(1): 37-46.
- Daly, H.E. 1989. *La economía en estado estacionario: hacia una economía política del equilibrio biofísico y el crecimiento moral*, pp 334-367, En: "Economía, ecología y ética" (H.E. Daly, ed.), Fondo Cultura Económica, México.
- Daly, H.E. 1990a. Toward some operational principles of sustainable development. *Ecological Economics* 2: 1-6.
- Daly, H.E. Sustainable growth: an impossibility theorem. *Development*, Roma, 1990 (3/4): 45-47.
- Daly, H.E. y J.B. Cobb Jr. 1989. *For the common good. Redirecting the economy toward community, the environment and a sustainable future*. Beacon, Boston.
- DC (Development Committee) 1987. Environment, growth and development. *Development Committee, World Bank*, Washington, 14: 1-33.
- de Soto, H. 1987. *El otro sendero*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Dupuy, J.-P. 1980. *Introdução à crítica da ecologia política*. Civilização Brasileira, Rio de Janeiro.
- Eccleshall, R., V. Geoghegan, R. Jay y R. Wilford. 1993. *Ideologías políticas*. Tecnos, Madrid.
- El Serafy, S. 1991. *The environment as capital*, pp 168-175, En: "Ecological Economics" (R. Costanza, ed.), Columbia Univ. Press, New York.
- Etkins, P. (ed.) 1986. *The living economy*. Routledge, London.
- Fetscher, I. 1988. *Condiciones de supervivencia de la humanidad*. Alfa, Barcelona.
- Foxley, A. 1988. *Experimentos neoliberales en América Latina*. Fondo Cultura Económica, México.
- Frause, B. y J.A. Clehour. 1994. *The environmental marketing imperative*. Probus, Chicago.
- Gallopin, G., M. Winograd y I.A. Gómez. 1991. *Ambiente y desarrollo en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y prioridades*. Grupo Análisis Ecológico, Fundación Bariloche, Bariloche.

- Gligo, N. 1990. Las cuentas del patrimonio natural y el desarrollo sustentable. *Revista CEPAL*, Santiago de Chile, 41: 123-137.
- Goodwin, B. 1988. *El uso de las ideas políticas*. Península, Barcelona.
- Gore, A. 1993. *La tierra en juego*. Emecé, Buenos Aires.
- Gorz, A. 1980. *Ecology as politics*. South End Press, Boston.
- Gudynas, E. 1989. *Ética, ambiente y desarrollo en América Latina*. Apuntes de Ecología, CIPFE, No. 8, Montevideo.
- Gudynas, E. 1992a. Una extraña pareja: los ambientalistas y el Estado en América Latina. *Ecología Política*, Barcelona, 3: 51-64.
- Gudynas, E. 1992b. *Éticas ocultas y éticas explícitas en el desarrollo latinoamericano. Una visión desde la ecología social*. 3a. Conferencia, Asociación Internacional Ética del Desarrollo, Tegucigalpa.
- Gudynas, E. 1993. El desencanto de la política: nuevos desafíos para los movimientos sociales y las organizaciones populares. *Teko-ha, boletín red ecología social*, CLAES, Montevideo, 10/11: 1-6.
- Gudynas, E. y N. Villarreal. 1994. Justicia ecológica y justicia social. *Relaciones*, Montevideo, 125: 29-30
- Guillén Romo, H. 1991. El neoliberalismo, los límites del Estado y el mito del déficit. *Revista Centroamericana Economía* 12(36): 8-14.
- Habermas, J. 1986. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Hanke, S.H. (ed.) 1989. *Privatización y desarrollo*. CIDE y Trillas, México.
- Hayek, F.A. 1976. *Camino de servidumbre*. Alianza, Madrid.
- Hayek, F. A. 1990. *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*. Unión Editorial, Santiago de Chile.
- Hedström, I. 1988. *La situación ambiental en Centroamérica y el Caribe*. DEI, San José de Costa Rica.
- Heilbroner, R.L. 1990. *Naturaleza y lógica del capitalismo*. Península, Barcelona.
- Hinkelammert, F.J. 1981. *Las armas ideológicas de la muerte*. 2da ed., DEI, San José.
- Hinkelammert, F.J. 1984. *Crítica a la razón utópica*. DEI, San José.
- Hinkelammert, F.J. 1991. La crisis del socialismo y el Tercer Mundo. *Páginas*, Lima, 109: 60-72.
- Jacobs, M. 1991. *The green economy*. Pluto, Londres.
- Leff, E. 1986. *Ecología y capital. Hacia una perspectiva ambiental del desarrollo*. Universidad Nacional Autónoma México, México.
- Lewis, C.S. 1955. *The abolition of man*. MacMillan, New York.

- Mannheim, K. 1958. *Ideología y utopía*. Aguilar, Madrid.
- Mansilla, H.C.F. 1981. Metas de desarrollo y problemas ecológicos en América Latina. *Cuadernos Sociedad Venezolana Planificación*, Caracas, 150-152: 1-183.
- Mansilla, H.C.F. 1991. *La percepción social de fenómenos ecológicos en América Latina*. CEBEM, La Paz.
- Mansilla, H.C.F. 1994. *Repercusiones ecológicas y éticas del complejo coa/cocaína*. SEAMOS y CEBEM, La Paz.
- Martínez Alier, J. 1992a. *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria, Barcelona.
- Martínez Alier, J. 1992b. La valoración económica y la valoración ecológica como criterios de la política medioambiental. *Archipiélago* 8: 11-32.
- Martínez Alier, J. y K. Schlüpmann. 1991. *La ecología y la economía*. Fondo Cultura Económica, México.
- Meadows, D.H., D.L. Meadows, J. Randers y W.W. Behrens III. 1972. *Los límites del crecimiento*. Fondo Cultura Económica, México.
- Meadows, D.H., D.L. Meadows y J. Randers. 1992. *Beyond the limits*. Chelsea Green, Post Mills, Vermont.
- McNeely, J.A.; K.R. Miller; W.V. Reid; R.A. Mittermeier y T.B. Werner. 1990. *Conserving the world's biological diversity*. World Bank, World Resources Institute, IUCN, Conservation International, WWF, Washington.
- Mora C., E. 1994. Cuando hablan de desarrollo sostenible de lo que hablan es de negocios. *Ambien-Tico*, San José, 24: 8-10.
- Naess, A. 1989. *Ecology, community and lifestyle*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Nixon, C.R. 1993. El desarrollo sostenible. Un espejismo y una trampa peligrosa. *El socialismo del futuro* 8: 53-64.
- O'Connor, J. 1992. Las dos contradicciones del capitalismo. *Ecología Política*, Barcelona, 3: 111-112.
- O'Neill, J. 1993. *Ecology, policy and politics*. Routledge, Londres.
- Panos. 1990. *Narcóticos y desarrollo*. Panos Institute, Londres.
- Pearce, D.W. y R.K. Turner. 1990. *Economics of natural resources and the environment*. Johns Hopkins Univ. Press, Baltimore.
- Peskin, H.M. 1991. *Alternative environmental and resource accounting approaches*, pp 176-193, En: "Ecological Economics" (R. Costanza, ed.), Columbia Univ. Press, New York.
- Polanyi, K. 1944 (1992). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo Cultura Económica, México.

- Porto Gonçalves, C.W. 1990. *Os (des)caminhos do meio ambiente*. Contexto, Sao Paulo.
- Primack, R.B. 1993. *Essentials of conservation biology*. Sinauer, Massachusetts.
- Repetto, R. 1991. *La erosión en el balance general. Cómo contabilizar la pérdida de recursos naturales*, pp 89-125, En: "Desarrollo y medio ambiente. Hacia un enfoque integrador" (J. Vial, ed.), CIEPLAN, Santiago de Chile.
- Ricoeur, P. 1989. *Ideología y utopía*. Gedisa, Barcelona.
- Rocard, M. y P. Ricoeur. 1992. Justicia y mercado. Cuadernos de Marcha, Montevideo, 8(75): 12-15.
- Romero, F. 1992. *Desarrollo sostenible: la visión*, pp 67-75, En: "Eco-eficiencia", Oveja Negra y Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible, Bogotá.
- Sagoff, M. 1988. *The economy of the earth. Philosophy, law and the environment*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Schmidheiny, S. 1992. *Cambiando el rumbo*. Fondo Cultura Económica, México.
- Smith, A. 1776 (1990) *Investigaciones sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Fondo Cultura Económica, México.
- Smith, D.M. 1980. Geografía humana. Oikos-Tau, Barcelona.
- Sorman, G. 1991. *Hacia un nuevo mundo*. Emecé, Buenos Aires.
- Stone, C.D. 1988. *Earth and other ethics. The case for moral pluralism*. Harper & Row, New York.
- Tudela, F. (ed.) 1990. *Desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe. Una visión evolutiva*. MOPU, Madrid.
- Vega, F.G. y J.T. Arriaga. 1989. Biotecnología agrícola: espejo de la revolución verde. *Comercio Exterior*, México, 39(11): 947-952.
- Vergara, J. 1991. *Crítica latinoamericana al neoliberalismo: acción comunicativa y desarrollo del pensamiento crítico en América Latina*, pp 101-123, En: "Modernismo y universalismo" (E. Lander, ed), UNESCO, Universidad Central de Venezuela y Nueva Sociedad, Caracas.
- Weber, M. 1922 (1987) *Economía y sociedad*. Fondo Cultura Económica, México.
- Weinberg, B. 1991. *War on the land. Ecology and politics in Central America*. Zed, Londres.